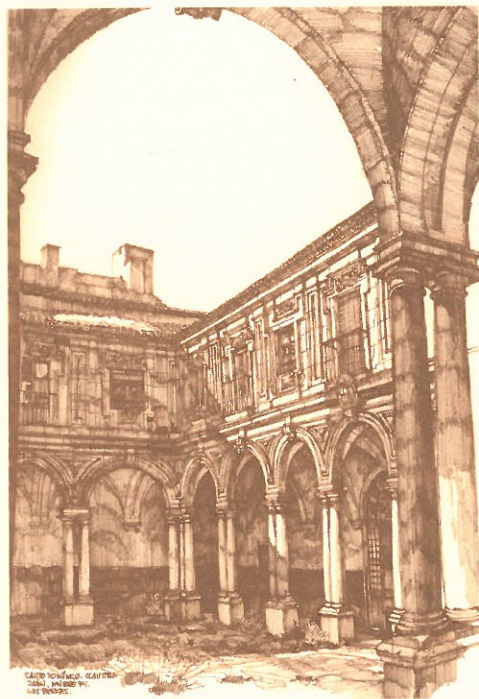


CRÓNICA DE LA  
«CENA JOCOSA»  
DE 1999



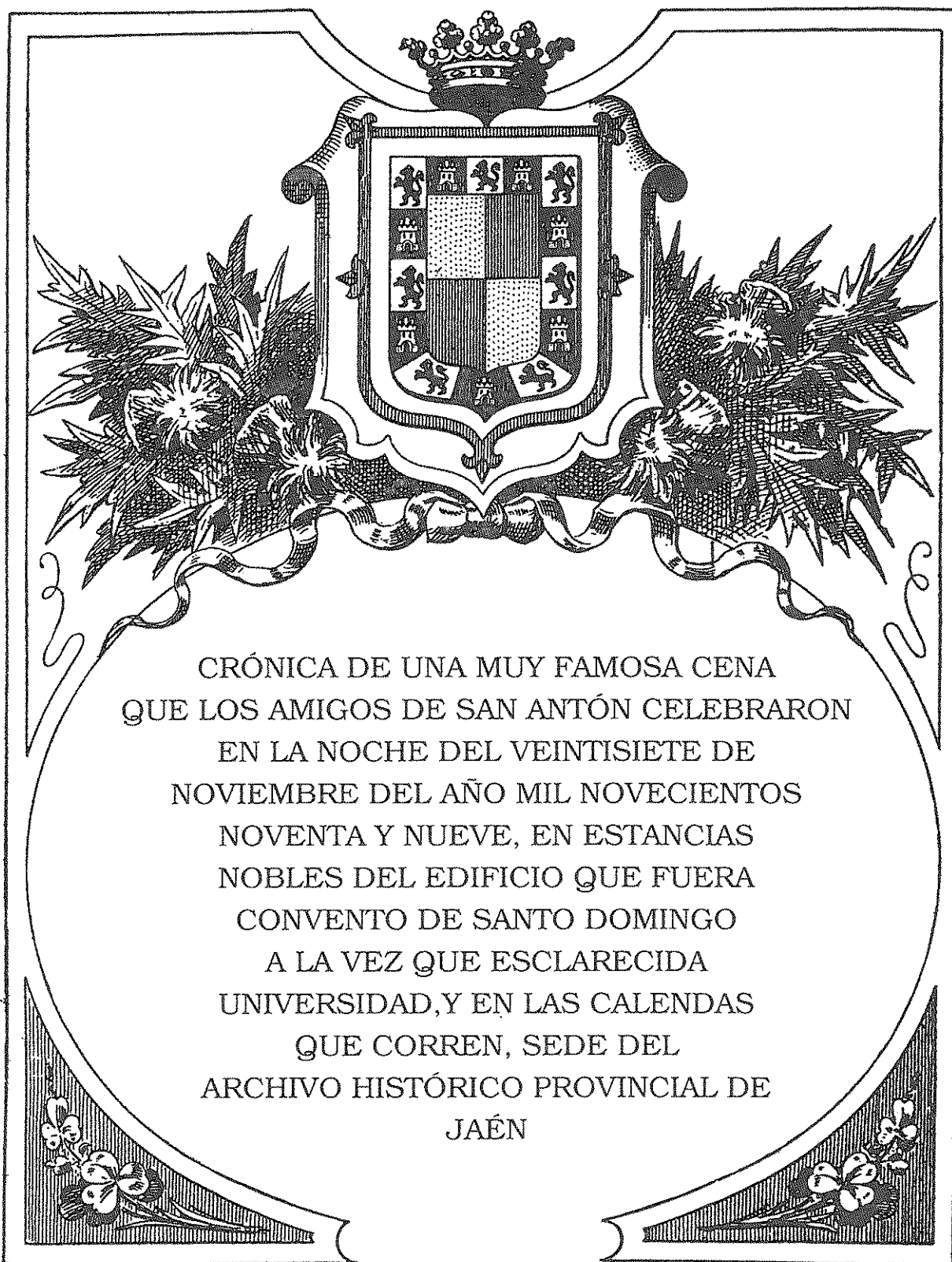
AMIGOS DE SAN ANTÓN  
JAÉN



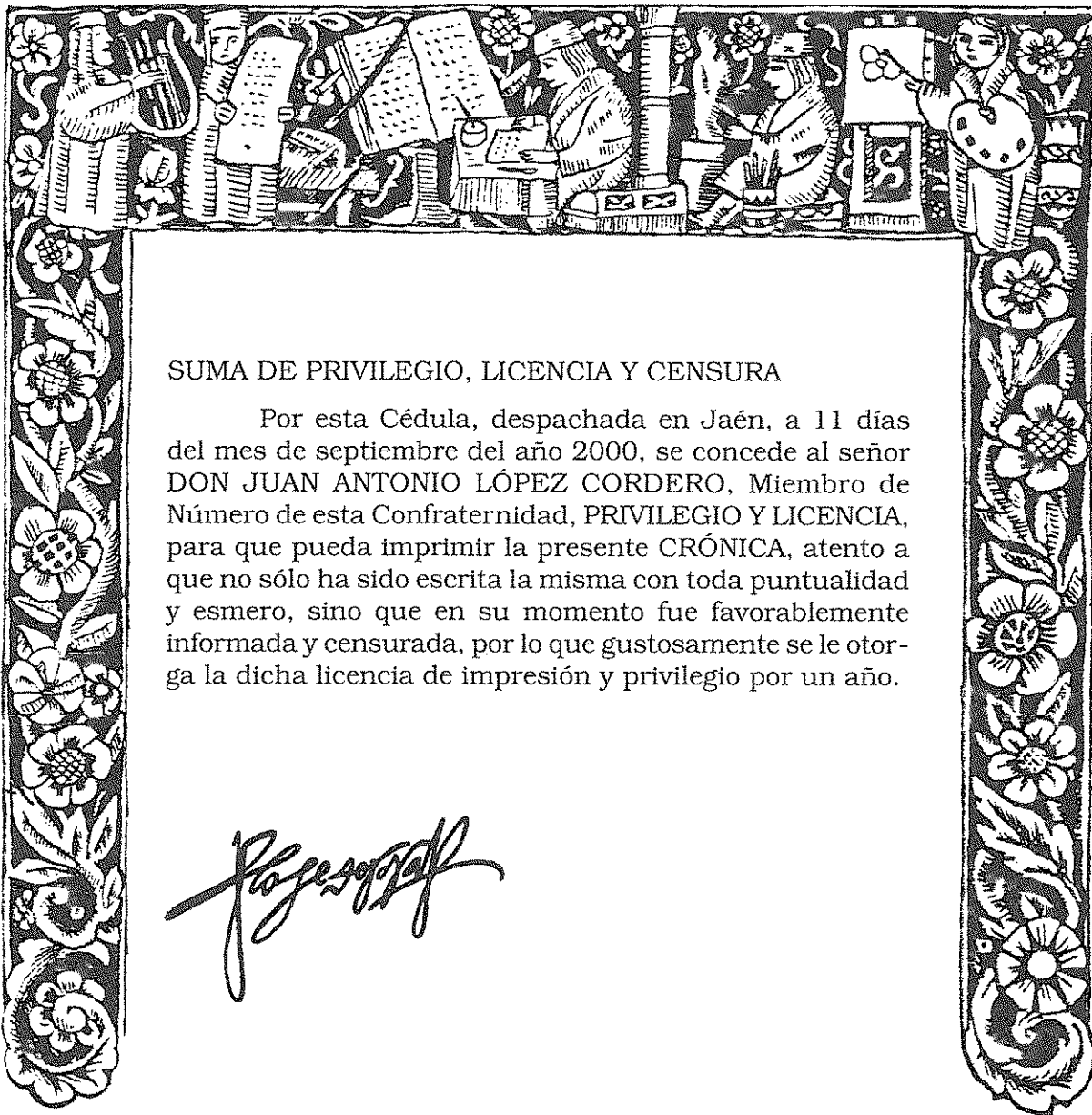
EJEMPLAR N.º 222

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

*Pérez*



CRÓNICA DE UNA MUY FAMOSA CENA  
QUE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN CELEBRARON  
EN LA NOCHE DEL VEINTISIETE DE  
NOVIEMBRE DEL AÑO MIL NOVECIENTOS  
NOVENTA Y NUEVE, EN ESTANCIAS  
NOBLES DEL EDIFICIO QUE FUERA  
CONVENTO DE SANTO DOMINGO  
A LA VEZ QUE ESCLARECIDA  
UNIVERSIDAD, Y EN LAS CALENDAS  
QUE CORREN, SEDE DEL  
ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE  
JAÉN



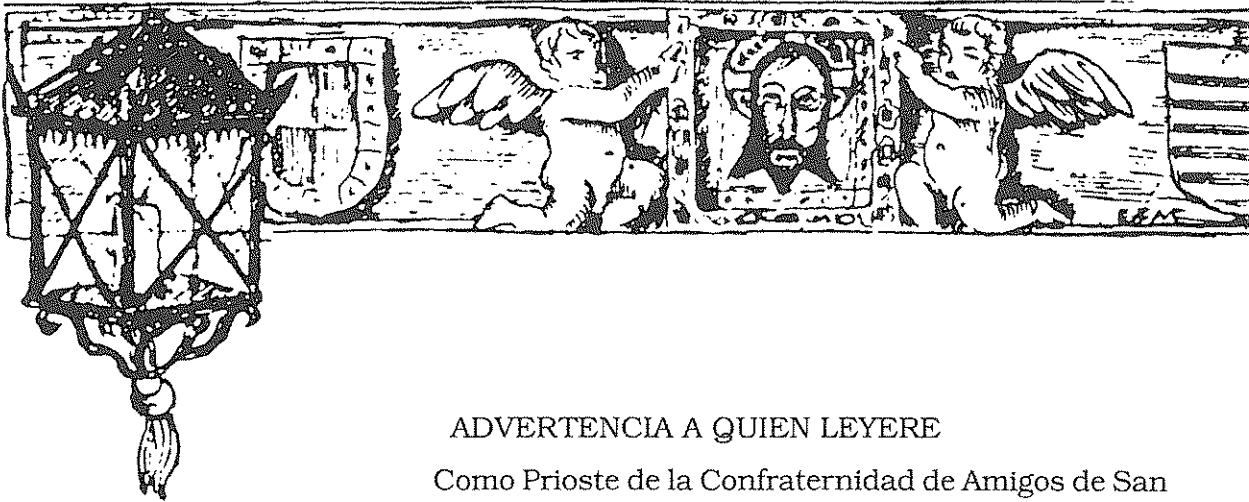
### SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 11 días del mes de septiembre del año 2000, se concede al señor DON JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO, Miembro de Número de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha licencia de impresión y privilegio por un año.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "López Cordero", is positioned below the text.

### SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales por página, lo que hace.....reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día trece de octubre de 2000.



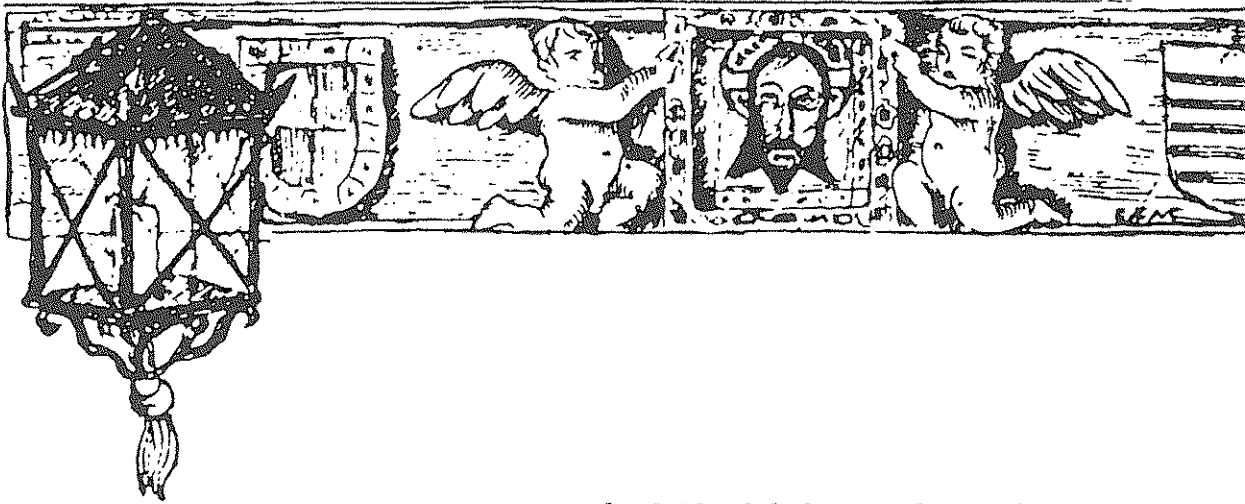
### ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veintisiete de noviembre de mil novecientos novena y nueve, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor, en muy nobles estancias del que en su día fuera notable y de mucha fama Convento de Santa Catalina, y por las calendas que corren bien dotado asentamiento del Archivo Histórico Provincial, leí cierto papel del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes cómo la Asociación de Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día veintidós de octubre de 1999 en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros acuerdos se tomó el siguiente:

Vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, DON JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO, Miembro de Número de la Asociación, se conviene por unanimidad que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1999, que ha de tener lugar en la noche del día veintisiete que vendrá, debiendo ser esta Crónica un fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, para dejar constancia de ello a la posteridad».

Dado en Jaén a 30 del mes de octubre de 1999.



Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer al dicho DON JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

—Muy honorable señor DON JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viereis y oyereis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1999?

A lo cual atentamente respondió el referido DON JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO:

—Sí, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestéle:

—Complacidos agradecemos esta aceptación, encariendos y exhortandoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó el tal DON JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO el recado del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



#### ASISTENTES A LA CENA

Alfonso Parras Vilches.- Ángel Viedma Guzmán.- Pedro Casañas Llagostera.- Pilar Sicilia de Miguel.- José Casañas Llagostera.- Manuel López Pérez.- Luis Berges Roldán.- Vicente Oya Rodríguez.- José María Pardo Crespo.- Miguel Calvo Morillo.- Antonio Martínez Lombardo.- Antonio Casañas Llagostera.- Juan Higueras Maldonado.- Fernando Lorite García.- Manuel María Morales Cuesta.- Rufino Almansa Tallante.- Ignacio Ahumada Lara.- Ángel Aponte Marín.- Juan Eslava Galán.- Luis Armenteros Basterrechea.- María Isabel Sancho Rodríguez.- Luis Coronas Tejada.- María Dolores Torres Puya.- Juan Cuevas Mata.- León Herrera y Esteban.- Julio Puga Romero.- Antonio Martos García.- Juan Antonio López Cordero.







San Antón Abad.  
Talla del siglo XVII en la iglesia de San Juan, de Jaén.  
Perteneía a la desaparecida Cofradía de San Antón en dicha iglesia



## Crónica de la Cena Jocosa de Santa Catalina de 1999

De cómo acepté el muy ilustre encargo de Cronista de la  
Cena Jocosa de 1999

**S**abed, amigos lectores, que no soy hombre que guste acaparar títulos y mercedes, pues me pesan como losas y no me dejan respirar. Prefiero ir ligero por la vida con la libertad y movilidad que da el no sentirse atado a ilustres y perpetuos títulos, mientras tarareo en voz baja aquellas letrillas de Góngora:

*«Traten otros del gobierno  
del mundo y sus monarquías  
mientras gobiernan mis días  
mantequillas y pan tierno;  
y las mañanas de invierno  
naranjada y aguardiente,  
y riase la gente».*

En su día, ya mostré cortésmente mi negativa a ser Cronista Oficial de la villa de Pegalajar, lugar en el que nací y al que amo entrañablemente. En palabras de un buen amigo, soy el cronista oficial más breve de la Historia de España, pues renuncié el mismo día que recibí el nombramiento. No tengo nada en contra de tal figura. Es más, siento profunda admiración por la labor de los cronistas oficiales y entre ellos tengo grandes amigos y personas a las que admiro, como Manolo Medina, Vicente Oya, Jorge González, Francisco José Fuentes Pereira, Manuel López Pérez, Enrique Fernández, etc. No obstante, pienso que el cargo de cronista «perpetuo» no es para mí. En cambio acepté gustoso el nombramiento de Cronista de la Cena Jocosa de Santa Catalina de 1999, porque es diferente. Es ser cronista por una noche. No tiene nada de perpetuo u oficial y sí mucho de mágico. Es la noche donde se junta gente noble, virtuosa y honrada, enamorada de Jaén; comparten mesa y mantel con sencillos manjares, por donde corre el vino con moderación. No hay estruendosas risas, palabras malsonantes, gestos obscenos o pícaras

actuaciones. En la Cena Jocosa, Baco lo tiene muy mal. Y es que los hermanos de San Antón no vienen solos a su cena anual, las musas les acompañan y protegen. A veces a algunas de ellas se les ve deambular por la sala, como *Clío* cuando surge una conversación de historia, *Erato* en la poesía, *Euterpe* en la lírica, *Calíope* en la epopeya, *Polimnia* en la música o *Terpsícore* en la danza. Libres de la rigidez académica, las musas se transforman, llenan el ambiente de jovialidad, alegría y buen humor; y los cofrades nos dejamos llevar por ellas hallando placeres entre plato y plato, saboreando arcanas recetas, mezcla de ingredientes gastronómicos e intelectuales, exquisitos manjares que no se ofrecen en cualquier cena. Por ello, cada año con la llegada del otoño esperamos impacientes la llamada del criado portugués aconsejándonos hacer «*acomodo en los quehaceres para una puntual asistencia a la mesa de Don Lope, además de «discretos ayunos a fin de dar conveniente talla en el potar e gandar:*

Al vos e cada uno de vos e cualquiera de vos, Amigos de señor San Antón a quien este recado de aviso e recordación va dirigido. Salud e gracia.

Sabed que por mi señor Don Lope de Sosa, se me hizo relación de que por ser ha cercana la fiesta de Santa Catalina, Patrona desta ciudad de Jaén, por cuyos días ha de tener celebranza la bienfamada velada, nombrada Cena Jocosa, ha tenido grande inquietud e mucho desvelo en la preparación del conveniente acomodo, para que jornada tan memorable e señalada, se haga con el esplendor e decoro que su peculiar quehacer aconseja.

¶ porque lo subsodicho sea público e notorio e porque asimesmo nenguno de los que esta carta vieren puedan pretender ignorancia, sepa V. M. que la ha dicha velada tendrá emplazamiento e punto, el sabado, día que se contará veintisiete de noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, en estancias muy principales del que en sus días fuera notable e de mucha fama Convento de Santo Domingo, a la vez que esclarecida Universidad de Santa Catalina, e que por las calendas que corren es bien dotado asentamiento del Archivo Histórico Provincial.

Tan notoria e señalada disposición, debida es a la dadivosidad, largueza e donosa dejación que para este singular acaecimiento, ha tenido a bien hacer la Ilma. Sra. Dña. Andrea Gómez Moral, Delegada Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía.

En nombre de mi señor, hágole deprecación de muy puntual asistencia, a la vez que sugerimiento de usar discreta cuaresma, saludable que es para un mejor hacer frente al sostenimiento que al efecto se apareja.

Quede pues V. M. entendido de cuanto antecede, recado que dóile siendo las fiestas del señor San Lucas, deste año de gracia de mil novecientos e noventa e nueve.

El Criado Portugués.

Así pues, preparé el ánimo para ser el cronista de la Cena Jocosa del que dicen es último año del milenio, sabiendo que era un reto difícil, que los hermanos de San Antón habían depositado en mí su confianza y no podía defraudarles.



## La llegada del mes de noviembre y las Cenas Jocosas populares de San Antón

**E**l que llaman último año del milenio había avanzado velozmente. Llegó el mes de noviembre más rápido que de costumbre, producto de la voráGINE de *Cronos*, que nos ha metido a todos en una rápida carrera que no lleva a ningún sitio. Hay quien añora –no sin razón– aquella «sabia ignorancia» del campesino jaenés, para el que el tiempo pasaba lentamente, saboreando la vida como sólo él sabía, marcada por lento paso de las estaciones, caracterizadas por contrastes climatológicos que la leyenda extremaba. Tan sólo las campanas marcaban las horas del día y congregaban a la gente cuando era necesario (oraciones, misa, rebato,...). El concepto de tiempo era distinto, de ahí que muchos hombres no supieran su edad, y cuando se les requería para reflejarla en algún documento notarial manifestaban una aproximación, como así se hacía constar. Por entonces, el mes de noviembre parecía más frío, de noches largas con lluvia y viento que penetraba por las chimeneas, silbaba en las tejas o se confundía con aullidos de lobos; se sacaban las pellizas, capas, tocas y otras prendas de abrigo frente al frío que se avecinaba; y se iba preparando uno de los rituales seculares del mes: la *matanza*. En ella intervenía toda la familia, en un duro trabajo semilúdico por lo que de seguridad alimenticia representaba.

Aún muchos recuerdan este mágico ritual que hoy día puede parecer sangriento, cuyos pasos eran semejantes en miles de hogares. Comenzaba con la llegada del «mataor» –sacerdote matarife– con sus largos cuchillos afilados, la salida del marrano de la «hijaera» –pocilga– y su colocación sobre la mesa –del sacrificio–. Los chillidos desgarradores del animal se incrementaban cuando el «mataor» introducía el cuchillo en su garganta y la sangre a borbotones caía sobre un tinajón. El ama de casa introducía en él la mano y movía la sangre en un acto ceremonial de gran honor, mientras que el cuerpo del animal convulsionaba. Los niños observaban terriblemente impresionados la ceremonia, en cierta forma no era más que el reflejo de la crudeza de la vida, a la que habían de acos-

tumbrarse desde pequeños. El ritual continuaba pasando el cerdo a la artesa, donde el agua hirviendo se encargaba de eliminar los pelos y suciedad, antes de colgarlo en el camal para su más fácil descuartización. Por entonces, ya estaba avanzada la mañana y comenzaba a circular el vino entre los asistentes, unido a trozos de carne y tocino asados, de los que todos iban catando como mandaba el ritual no escrito. Empezaba así la comida, que duraba todo el día. Mientras tanto, las mujeres troceaban y trituraban las cebollas, preparaban las masas de morcillas y chorizos para embutirlas en las tripas, separaban los jamones, paletillas y demás carne, piezas que después se ensalaban. Los «presentes», o platos con diferentes porciones de la matanza, se repartían a vecinos y familiares para hacerlos participar de la alegría del día. De la gran caldera, en la que la cebolla y la sangre habían formado una negra masa, no cesaba de salir morcilla. Los niños la devoraban, tan caliente que casi se quemaban. Asimismo de apetecible era la masa de carne que, tras pasar por la sartén, llamaban «angelitos» por lo deliciosa que estaba. Al llegar la noche, ya estaban las morcillas y chorizos colgados a secar o echados en aceite para consumirlos posteriormente, y los jamones y tocinos en el saladero, situado en el «terrao» o cámara, piso superior de las casas, cuyas ventanas eran huecos en el muro, abiertas al exterior para mejor airear y sazonar los alimentos. Allí estaban también colgados pimientos, picantes, higos y otros alimentos, a modo de despensa para el largo período invernal. El ritual terminaba con la cena, en la que participaba la familia y los vecinos que habían colaborado en la matanza, junto al fuego, cantando y, a veces, bailando. Se daba así fin a esta fiesta, que no cesaba hasta que las tinieblas llegaban para ser vencidas de nuevo por el fuego y las candelas, junto a las que se cerraba el acto, con algún pensamiento puesto en nuestro patrón, tan vinculado con estas cosas, y que por estos días se quedaba sin «marranillos». Eran las otras cenas jocosas de San Antón, que se han venido celebrando durante siglos en los hogares jaeneses, menos eruditas que la nuestra, pero, sin duda, más «sabias».



## El ambiente milenarista del tiempo de la Cena Jocosa de 1999

**E**l tiempo cambia los ritos, pero su carácter cíclico queda a veces reflejado en algunos hechos que nos recuerdan épocas muy anteriores. En noviembre de 1999, por el tiempo de la Cena de Santa Catalina el calendario gregoriano nos acercaba a un nuevo milenio. El catastrofismo inundaba muchas mentes. Algo semejante a lo que ocurrió en el primer milenio de nuestra era, cuando la doctrina milenarista, basada en la creencia de que Jesús reinaría en la Tierra mil años antes del Juicio Final, vaticinaba el fin del mundo. En este segundo milenio habían bautizado el ambiente catastrofista con el eufemismo «efecto 2.000». Surgieron profetas que predecían grandes catástrofes: aviones que se desintegrarían en pleno vuelo, trenes que descarrilarían, oscuridad total en las grandes ciudades, bancarrotas múltiples en el mundo financiero,...; o sea, el caos total de la civilización tecnológica. Y todo, porque no se había previsto con antelación el cambio de milenio en la cronología de los *software* que hoy gobiernan el mundo. No poco contribuyeron a ello los hechos que ocurrieron en los meses finales del año. En noviembre hubo lluvia de estrellas, que fue vista con esplendor por miles de personas, y atenazó los corazones de muchos. En el mes de diciembre, a los conflictos latentes se les unieron otros muchos de carácter social que salpicaron el mundo: reivindicaciones airadas de los obreros del Perú castigados por el paro; asaltos y cargas en la ciudad de Seattle (Estados Unidos); lluvias torrenciales y terribles inundaciones con miles de muertos en Venezuela; temporales furiosos de lluvia y viento con decenas de muertos en Europa, que también afectaron al Norte de España, donde trabajadores de los astilleros se manifestaban por sus puestos de trabajo, terminando diariamente en barricadas, fuego y cargas policiales. Por si fuera poco, ETA decidió terminar su tregua y volver a matar.

Para muchas personas, la visión de la llegada del segundo milenio no es muy diferente a aquella otra del primero, cuando el último día del año 999 muchos esperaban el final del mundo, vestidos con tela de saco y cubiertos de ceniza abarrotaban las iglesias entre rezos y lloros. Muchos peregrinos se habían dirigido a Roma, donde la basílica de San Pedro estaba abarrotada de fieles que imploraban la misericordia de Dios, esperando que de un momento a otro se rompieran los siete sellos, surgieran iracundos los cuatro jinetes de la Apocalipsis, y hambre, guerra, peste y muerte se extendieran en sucesivas oleadas por el mundo, las voces de los mártires pidiendo venganza, terremotos, granizo, fuegos, truenos, relámpagos, sangre, oscuridad, plagas,... y gritos pidiendo la muerte por pie-



dad. Las terribles visiones terminarían con las siete últimas plagas que serían vertidas por ángeles en siete copas dando rienda suelta a la ira de Dios, antes del Juicio Final. El Papa Silvestre II celebró una misa a medianoche previendo este juicio que había anunciado unos años antes en un concilio. Por entonces, otros muchos cristianos estaban en Tierra Santa, hacia donde habían emprendido un peligroso viaje de peregrinación con el fin de morir en aquellos lugares. De toda Europa partieron a Jerusalén caravanas de miserables dirigidos por monjes visionarios espléndidos de indulgencias plenarias para los peregrinos. Otros se integraron en expediciones organizadas por las órdenes religiosas más importantes, como la del Cluny. Y no faltaron príncipes y nobles, que con amplios séquitos hicieron el viaje.

Mil años más tarde, el pánico no era tan generalizado, aunque no faltaban sectas que reproducían aquella psicosis milenarista. Otras personas, para quienes los años bisiestos acentúan el miedo, añadían a esto el hecho de ser el año 2000 el último bisiesto del siglo XX y del segundo milenio, propicio a grandes catástrofes y calamidades, tanto es así que Jerusalén de nuevo fue cita de las más diversas gentes imbuidas del espíritu milenarista. Y es que al calendario, desde la lejana Mesopotamia se le ha dado muchas vueltas hasta llegar al mundo occidental, donde Numa Pompilio, Julio César, Dionisio el Exiguo, Carlomagno y Gregorio XIII se encargaron de ciertas adaptaciones; y cada cual de sus interpretaciones.

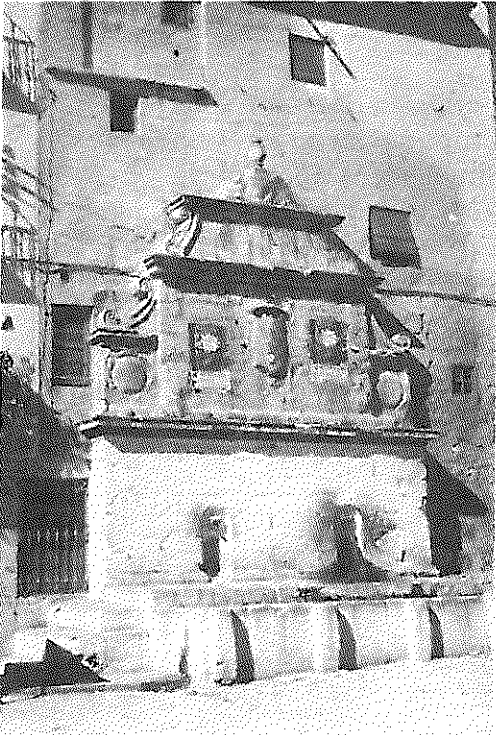
Frente a los milenaristas, que siempre han tenido en el dogma y los astros puntos de encuentro fatales para el género humano, siempre hubo voces que intentaron aplicar la razón en la astronomía. Viene a mi mente el recuerdo de Galileo Galilei, quizá el mejor ejemplo de una mente abierta frente a las dogmáticas, que en 1633 fue obligado a arrodillarse delante de la Inquisición y adjurar de sus teorías astronómicas, al que se le atribuye la frase «*Sin embargo, se mueve...*». Hoy día, los hijos de Galileo pueblan el mundo y esbozan una sonrisa ante la ignorancia y, por fortuna, no tienen que arrodillarse ante los *Muy Eminentes y Reverendos Señores Inquisidores Generales*, ni tienen que abjurar ni maldecir ni detestar errores y herejías.



## Llegada al lugar de la cena la noche del Veintisiete de noviembre

Una llamada de nuestro Prioste, días antes del evento, me anunció el adelanto de la cena en una hora, pues los tiempos que corren y el ritmo vertiginoso que imponen han viciado el toque de ánimas y trastornado la hora solar. ¿Qué le vamos a hacer?, así son los tiempos, lo oficial se impone a lo natural en base a prácticos argumentos que no es nuestra misión debatir. Ya las campanas no marcan las horas del día; el cambio de estaciones apenas tiene transcendia en la vida diaria; el santoral ha dejado de señalar el tiempo de los arrendamientos, de las ventás y de los pagos;... Indudablemente, el tiempo de antes no es el tiempo de ahora. Sabia decisión, pues, de nuestro Prioste, atento a todo como en él es habitual.

Próxima la hora de la cita, salí de mis posadas, situadas en la antigua huerta del Cambrón, también conocida como la fuente del Muerto. Encaminé mis pasos cuesta arriba, hacia Jaén. La magia comenzó a bullir en mi mente a medida que ascendía entre bloques de cemento y calles asfaltadas. La calle parecía volverse sendero entre huertos, olivos y frutales; serpenteaba hacia arriba, junto a las acequias que distribuían



las aguas del raudal de La Magdalena. La cuesta empinada y la noche fría, pero silenciosa y sosegada, me pedían un descanso en el camino, y así lo hice; mas la bocina de un coche me despertó de mi semiletargo y rápidos llevé mis pasos hasta adentrarme en el Arrabalejo. Cruzé la muralla por la Puerta del Sol y de nuevo el embrujo de la judería envolvió mi mente. El barrio de San Andrés, a través del silencio de sus calles y la luz de los faroles, mostraba un ambiente extraño. Lejanos murmullos me recordaban antaños catervas de gentes iracundas, que poseídas de fundamentalismo religioso e ideal rapiñero formaban multitud, mataban, quemaban y robaban a los jaeneses de Sefarad, que con su comercio tanto habían enriquecido la ciudad. Eran tiempos medievales que aun se dejan entrever en el trazado de las calles que soportaron aquellos saqueos, el último de ellos en tiempos del Condestable Iranzo, cuya muerte fue la señal para el asalto. Todavía pervivieron

conversos en tiempos posteriores, siempre bajo sospecha, especialistas en falsificaciones de expedientes de sangre. ¡Triste judería perdida en el recuerdo! La Inquisición vino a ubicarse a este barrio, en la calle Santa Cruz, y dicen que por allí vagan almas en pena a las que arrebataron su cuerpo con terribles dolores y aún buscan descanso.

Me distraía con estos pensamientos y no me daba cuenta del reloj. Llegaba tarde a mi cita. Como cronista debía estar el primero y es seguro que muchos hermanos ya habrían llegado. Salí del barrio por la calle San Andrés para tomar la calle Maestra Baja, que hoy llaman Martínez Molina, hacia el barrio de la Magdalena, siempre unido a la leyenda del lagarto, esa especie de sierpe, animal mitológico o fantástico, que ha sido históricamente fuente de leyendas en muchas poblaciones.

La figura de la serpiente enlaza con la de otros animales fantásticos, como *la Tragantía* (mitad serpiente, mitad humano), sobre la que existe una famosa leyenda en Cazorla relacionada también con hechos de frontera entre moros y cristianos y con la Noche de San Juan. Según la leyenda, el rey moro de Cazorla huyó con su pueblo hacia Granada cuando le notificaron la cercanía de las tropas cristianas. Creía que sería, como otras veces, una incursión temporal, por lo que dejó a su hija oculta en unos sótanos del castillo, que sólo él conocía, con abundantes provisiones. Al retirarse, el rey moro fue abatido, sin poder comunicar a nadie el paradero de su hija. Los cristianos repoblaron Cazorla, mientras la hija se desesperaba en su encierro. Una vez acabadas las provisiones, en la lenta agonía de frío y hambre, la princesa notó como su cuerpo se transformaba en serpiente hasta las caderas. Se volvió un ser devorador de niños que en la Noche de San Juan canta con dulcísima voz y engulle a los que la escuchan. Esta leyenda está extendida por la comarca de La Loma, como Úbeda, Sabiote y Baeza, donde recibe el nombre de Tía Tragantía.

En el caso de *La Encina Leona*, leyenda de Alcalá la Real, son tres fieras enormes, entre serpientes y humanas, que salen de una encina por la noche tras darle tres golpes al tronco. A las fieras se les ofrece un borrego al que devoran, mientras del interior de la encina surge un gran tesoro. En este caso el miedo se cobra una víctima en la figura de una niña que acompaña a la vieja en busca del tesoro.

Es sobre todo el dragón el animal fantástico que más leyendas ha generado. El dragón se define como una especie de gran reptil, con cuatro patas, dos alas y una o más cabezas horribles, que expulsa fuego por las narices o por la boca y es terriblemente devorador. En todos los lugares hay un héroe que lo mata. En el cristianismo, la Apocalipsis de San Juan identifica al Diablo con el dragón, «la antigua serpiente», que al final de los

tiempos un ángel prendió, «lo encadenó por mil años, lo arrojó al abismo, que cerró y selló después, para que no pudiese seducir más a las naciones, hasta que no se cumpliesen los mil años, después de los cuales debe ser soltado por poco tiempo». Existen en la cultura cristiana otras diversas figuras popularmente unidas al dragón, identificado como espíritu del mal. Varias de estas leyendas recoge Santiago de la Vorágine en el siglo XIII. Es el caso de San Silvestre, que con la ayuda de Dios conjura a Satanás, identificado con el dragón que mataba diariamente a más de setecientas personas, le ata la boca, coloca una anilla engarzada a un crucifijo en los nudos de los cabos, y le obliga a permanecer en su cueva hasta el juicio final. También Santa Marta vence al dragón que habitaba en las proximidades del Ródano entre Arlés y Aviñón. Vivía en el bosque y a veces se sumergía en el río, volcaba las embarcaciones y mataba a los que en ellas iban. Santa Marta, que halló a la bestia devorando a un hombre, se acercó a ella, la asperjó con agua bendita y le mostró la señal de la cruz. Ante esto, el dragón se volvió manso y la Santa lo amarró por el cuello y con un ramal lo sacó del bosque a un lugar despejado, donde los hombres de la comarca lo mataron a lanzadas y pedradas. Otras veces, el cruel dragón actúa como elemento ejecutor de la voluntad de Dios, como en la leyenda del Apóstol San Felipe, que cuando fue apresado por los paganos y coaccionado para que hiciese sacrificios a Marte, debajo de la estatua del ídolo surgió un dragón que mató a un hijo del pontífice y a dos tribunos que custodiaban al Santo, y con el hedor de sus resuellos infectó el ambiente, enfermando a cuantos asistían al acto.

Pero, sin duda, la figura más popular del cristianismo en relación al dragón es San Jorge, matador del dragón y rescatador de la princesa, que constituye uno de los ejes fundamentales que han generado multitud de leyendas. Es el caso, en Cataluña, de la leyenda de la «Cueva del Dragón» (identificada como la «Cova del Drac») y el «Dragón de San Lorenzo», en la que la figura del caballero que da muerte a la bestia tiene una clara similitud con San Jorge. En la provincia de Jaén, la leyenda del *Lagarto de la Magdalena*, es muy conocida y explícita al respecto, la que Juan Eslava ha estudiado ampliamente. La más antigua referencia escrita conocida es de Bartolomé Ximénez Patón en su *Historia de la Antigua y Continuada Nobleza de la Ciudad de Jaén*, editada en 1628, que nos habla de un pastor que pone como cebo un cordero lleno de «yesca» a la «sierpe» que habita en la cueva del nacimiento de agua de La Magdalena, acabando de una explosión con ella. Otras versiones posteriores atribuyen la acción a un guerrero vestido con traje de espejos o a un preso que obtiene el perdón a cambio de matar al monstruo. Esta leyenda parece tener una procedencia medieval y debió ser muy popular, como parece demostrar el hecho de la presencia del dragón en el escudo de la

Santa Iglesia Catedral de Jaén, que lo representa sobre la ciudad y a los pies de la Virgen sentada en un trono. Posteriormente se ha intentado identificar el dragón con el trazado urbano de la ciudad visto desde el cerro del Castillo. Esta leyenda contiene los elementos básicos de otras similares, como son la gruta, el héroe y la bestia.

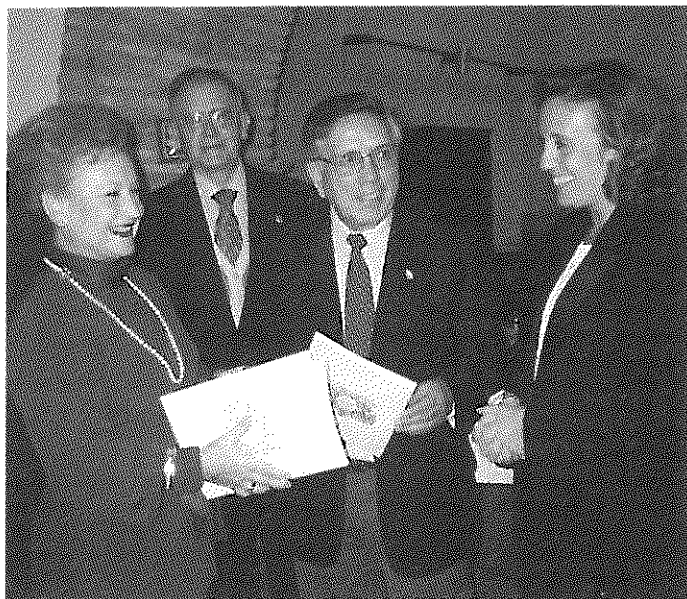
Ya no tuve tiempo de deleitar más mi imaginación, sino de apresurarme a cruzar el umbral del exconvento de Santo Domingo, lugar de la Cena Jocosa de Santa Catalina y del que no voy hablar, por no quedar en evidencia ante las palabras que sobre él dirán, a lo largo de la cena, los amigos Vicente Oya, Maribel Sancho y Luis Berges.

Llamé a la *campanilla del convento* y no salió a recibirme ninguna persona, sino un foco de intensa luz que me cegó los ojos y me escudriñó durante unos segundos hasta que confirmó mi identidad. Era el contraste del portero automático en un edificio antiguo, algo inevitable que nos vuelve a la realidad temporal. Tras atravesar el bello patio renacentista, entré al *refectorio*. Llegué tarde, pero no el último. La mayoría de los cofrades de San Antón estaban ya allí. Saludé uno por uno a todos y sentí cierta culpa por mi distracción, pues sé que algunos de ellos habían estado preparando la sala desde tiempo antes, desplazando las amplias mesas de estudio desde la Sala de Investigadores a la sala contigua. El lugar había quedado perfecto. La sala era muy amplia, utilizada habitualmente como salón de actos para las periódicas visitas culturales que se realizan al edificio. Un lateral daba al claustro a través de cuatro esbeltas ventanas con arco de medio punto, mientras al otro abría ventanas y puerta a un patio con un pequeño jardín coronado por alta palmera. La amplia sala sostenía una techumbre alta con vigas de madera de la que pendían dos lámparas, también de madera. La techumbre estaba reforzada con un fuerte muro central abierto con dos arcos de medio punto contruidos de ladrillo. Entre ambos, otro arco del mismo estilo y perpendicular dividía a su vez la semisala, consiguiendo un amplio espacio diáfano. En una de las semisalas se instalaron varias mesas con las *minucias de entrada*, y en la otra una larga mesa en la que nos sentamos para la *cena* los amigos de San Antón.



## Conversaciones de los socios antes de la cena

Como en anteriores ocasiones, la mayoría de los cofrades lucían en la solapa de sus chaquetas la pequeña figura del marranillo de San Antón. Le pregunté a Juan Cuevas, uno de los que la portaban, qué hacer para obtener tan distinguida insignia; y Juan me aconsejó que aprovechase la Crónica para hacer tal reivindicación y –añadió con su humor socarrón– pidiese la de oro, como la que llevaban algunos. No tuvo que repetírmelo. Lo anoté en mi libreta para más tarde pasarlo a la Crónica. Así que, señor Prioste, tome nota de la queja e envístanos con tan distinguida insignia a los nuevos hermanos de San Antón, para así lucirla entre propios y extraños, y sepan todos que llevamos con orgullo la



pertenencia a tan distinguida orden. No importa que nos confundan con conversos, a los que despectivamente llaman *marranos*, pues los hermanos de San Antón son gente de mente abierta, de los que llaman hombres buenos. Tienen el marranillo como símbolo de libertad, como secularmente lo ha sido vagando por pueblos y aldeas, respetado y querido por todos los vecinos. Por ello, tal insignia es del mayor rango, abolengo y antigua cultura de castellanos viejos, digna de llevarse en el pecho por más valiosa que el más grande escudo del máspreciado metal.

Mientras conversaba con Juan Cuevas, Vicente Oya ordenaba unas cuartillas de espaldas a todos. Ultimaba su posterior intervención, porque Vicente no suele faltar a ninguna Cena Jocosa y en todas nos deleita con su saber. En el lado opuesto de la sala, Antonio Martos se esforzaba en controlar los ejemplares de la Cena Jocosa de 1998 y repartirlos entre los asistentes, pues, como buen hombre de negocios, todo lo lleva meticulosamente anotado. Ángel Viedma acababa de coger un ejemplar, el cual hojeaba con la atención del buen galeno. Ambos, Antonio y Ángel, pronto terminaron su labor y se armaron de sendas máquinas fotográficas, que junto con la de Pedro Casañas, rastrearon la sala con periódicos flas sin que quedase rincón ni cofrade alguno olvidado. Algo de mucho agradecer, tanto para la ilustración de la crónica

como para el álbum familiar, puesto que la Cena Jocosa es uno de los eventos que los cofrades más gustan recordar en el tiempo.

Para Manolo Morales ésta es su segunda Cena Jocosa. Somos compañeros en la UNED y desde hace tiempo nos une una sana amistad. El hecho de que en el lugar que nos albergaba se estableciese la antigua Universidad de Santa Catalina llevó la conversación a la Universidad de Jaén y la endémica enfermedad –que dicen– suele afectar a este tipo de centros, la cual denominan *endogamia*. Extraña enfermedad ésta descubierta en el siglo XX, que posiblemente existiera ya en la antigua universidad de Jaén, porque no es plaga que surja en un período ni lugar determinado, sino que por desgracia es congénita en el ser humano y que, como tantas otras, está escrita en sus genes. Quizás sobre ella podrían hablarnos más los cofrades Ignacio Ahumada, Luis Coronas o Maribel Sancho, conocedores en profundidad de la enseñanza en Jaén y su historia, pero ellos andaban por otros rincones, lejos del oído de este cronista pegajoso armado de pluma y papel.

Con su dulzura y humildad características, Rufino Almansa saludaba a algunos concurrentes. Él es el heredero intelectual de Manuel Caballero, recogió el testigo de la inmensa obra que es el *Diccionario Biobibliográfico del Santo Reino*, que requiere un esfuerzo continuo y permanente, algo que no parece inquietar a Rufino, cuya generosidad en el esfuerzo es loable. Otro cofrade y buen amigo, Ángel Aponte, con el que me place compartir amistad y obra, me daba consejos, como digno cronista que fue de la Cena Jocosa del año 1998. Entre los cofrades, Juan Cuevas deambulaba de un corrillo a otro, cual maestro de ceremonias. Es la costumbre de tanto acto cultural que como archivero-bibliotecario municipal ha organizado para el Ayuntamiento, el cual le debe mucho. Desde que empezó a inventariar, junto con otros estudiantes y bajo la supervisión de José Rodríguez Molina, la documentación histórica del mismo hasta hoy han pasado muchos años. Sé bien cómo se ha desvivido por impulsar la vida cultural de la ciudad a través del Ayuntamiento, que en la actualidad ofrece un servicio de publicaciones con decenas de libros editados, una red municipal de bibliotecas en plena expansión, unos premios de investigación, poesía, periodismo y relato consolidados, etc. Pero Juan Cuevas no se siente satisfecho, batalla constantemente por un archivo amplio y digno, que pueda albergar una documentación que hoy desborda las actuales dependencias, por ampliar la red de bibliotecas municipales y dotarlas de más medios, por mejorar el servicio de publicaciones,... porque promover esta serie de servicios siempre ha sido difícil y sólo es posible si hay un trabajo continuo y constante. Muchos de los que de una u otra forma estamos relacionados con la vida cultural de Jaén alentamos a Juan en su labor y, como él, tenemos una espina



clavada: la ausencia de unas dependencias dignas para el Archivo Municipal. Es algo difícil de concebir en el Jaén del nuevo milenio, inmerso en una sociedad pragmática, que suelen llamar «sociedad del bienestar», en la que las atenciones sociales y culturales a la población deben ocupar un puesto preferencial, pues la formación integral del hombre es objetivo principal. Sin duda, así lo entienden los responsables de las administraciones públicas y plasman en sus programas este tipo de actuaciones, de acuerdo siempre a presupuestos y prioridades. Nuestro Archivo Municipal, por desgracia, siempre ha estado en la cola de las prioridades. Frecuentemente el pragmatismo adquiere un significado tétrico en algunas mentes. Pragmáticos fueron aquellos que se permitieron utilizar las piedras de los castillos «inservibles» para

construcción de viviendas vecinales, pragmáticos fueron los que desamortizaron iglesias y conventos para ser más tarde demolidos y levantar construcciones funcionales en sus solares; pragmáticos fueron los que quemaron antiguos documentos para ampliar sus congestionadas dependencias,... Quizás todavía haya que recordar la importancia del Archivo Municipal de Jaén, memoria viva de una ciudad que aún conserva un rico patrimonio documental que busca salir del olvido y abandono; poder tener unas instalaciones propias en las que este patrimonio no rueda por los suelos, sea amontonado en pasillos o en húmedas habitaciones; y, por supuesto, abrirse a la sociedad. Y es que el enésimo proyecto de ubicación del Archivo, que preveía su construcción junto al Hospital San Juan de Dios y daba por fin una solución digna a toda una historia de abandono y olvido, ha supuesto una nueva frustración. A última hora se lanzó una «brillante idea» para volver a marginar al Archivo Municipal de Jaén, para ubicar en su lugar otra obra social que ya tenía un solar destinado para su construcción. El hecho es que se pretende continuar la dinámica de marginación que viene sufriendo el Archivo: la eterna cenicienta de Jaén. Y lo que más preocupa es que esta idea la defiendan



personas que por un lado se han volcado en la defensa de determinado patrimonio cultural jaenés —caso del museo ibérico—, y por otro lado relegan a la cola de las prioridades el no menos patrimonio cultural que es el documental del Archivo Municipal de Jaén.

Ya estábamos todos cuando llegó Juan Eslava. Nunca se pierde la Cena Jocosa. Seguro que él podría hablarnos mejor que nadie del lugar que nos albergaba y de esa calle Maestra, eje del viejo Jaén, de cada plaza, de cada rincón, de esos siglos de historia grabados en su trazado; porque en la pluma dinámica de Juan el relato de la Historia se hace más placentero y didáctico, como pocos saben hacerlo; especialmente en la historia de Jaén, siempre presente en su mente y en su obra.



### Saludo del Prioste a los asistentes

**L**as minucias de entrada, la buena cerveza jaenesa y la manzanilla *La Guita* acompañaban perfectamente el ambiente relajado que nos envolvía. Especial predilección tenía la morcilla de Villargordo y, no menos, el pan y aceite, seña de identidad de nuestra tierra, que nos llevaba a mojar la sopa como un hábito innato, a la que acompañábamos con un poco de bacalao. Las conversaciones estaban muy animadas cuando eran las nueve de la noche y nuestro Prioste tocó la campanilla. Todos los asistentes interrumpieron sus pláticas para hacer un respetuoso silencio. Pedro Casañas, siempre tan deferente, tuvo sus primeras palabras para los ausentes, especialmente para la anfitriona, la Delegada Provincial de Cultura Andrea Gómez Moral, que no pudo asistir al acto, y para los cofrades que por fuerza mayor no pudieron acudir: Francisco Olivares, Juan Castellano de Dios, José Chamorro y Francisco Cerezo. La salud no siempre es respetada en este frío noviembre que nos ha traído aire polar y nieves tempranas, que han vestido de blanco las sierras de Jaén, incluso sus tejados. Sí estaba entre nosotros haciendo la labor de anfitriona María Dolores Torres Puya, directora del Archivo Histórico Provincial de Jaén, mujer cabal, profesional donde los haya, a la que conozco desde hace muchos años como usuario del archivo y a la que siempre he admirado por su trabajo, por ofrecer a los demás pulcros inventarios y catálogos documentales para facilitarnos nuestras investigaciones.

## Palabras que dijo Vicente Oya antes de la cena

**E**ran las nueve y media de la noche cuando el Prioste volvió a llamar a rebato para que el cofrade Vicente Oya tomase la palabra como viene siendo habitual todos años, lo que es mucho de agradecer a los cofrades. En mí aun más este año, pues ya empezaba a resultarme bastante incómodo mantenerme en pie, por lo que reposé mis posaderas en una de las sillas que había junto a la pared, lo que fue un alivio. No era para menos, pues aún no me había recuperado completamente de una reciente intervención quirúrgica. Las palabras de Vicente fueron, pues para mí, doble consuelo. El sabio Vicente disertó sobre el *X aniversario del traslado del Archivo Histórico Provincial al viejo convento de Santo Domingo* y dijo así:

### I. INTRODUCCIÓN

*En éste ya largo recorrido, iniciado en 1978 por los Amigos de San Antón, esencialmente amigos de Jaén, llegamos esta noche, por Santa Catalina, penúltima del siglo XX, con nuestra Cena Jocosa, a este Archivo Histórico Provincial, el viejo Estudio Superior de los Dominicos, donde están nuestras raíces universitarias y donde ahora vive la memoria colectiva.*



*Cada año, nuestro activo y dilecto prioste, Pedro Casañas Llagostera, nos sorprende gratamente con un lugar adecuado y entrañable de la ciudad, para esta reunión gastronómica y literaria, en la que, con el paso del tiempo, se anudan y aprietan nuestros afectos, formando como una gran familia, y nos adentramos en el conocimiento y el cariño a Jaén, a través de las casas, los organismos y las instituciones que nos albergan. Esta vez la elección no podía ser más acertada, porque aquí, entre estos muros, y entre estos legajos*

que recogen nuestro pasado, con la nobleza que nos comunica este edificio, su continente y su contenido, sentimos una especial emoción.

Hemos de agradecer la hospitalidad que nos brinda la delegada provincial de Cultura, Andrea Gómez Moral, que, desde el primer momento, nos abrió estas puertas, para esta Cena, lo que nos proporciona una gran satisfacción, y, al propio tiempo, la oportunidad de adherirnos a la conmemoración del X Aniversario del traslado del Archivo Histórico Provincial a esta antigua Sede del Estudio Superior o Universidad de Santa Catalina, viejo convento de Santo Domingo, Archivo gestionado hoy por la Junta de Andalucía y que constituye una institución que honra a Jaén.

## II. DE LA VIEJA A LA NUEVA UNIVERSIDAD

En este Real Convento de los Dominicos, llamado de Santa Catalina, una de las más antiguas y nobles fundaciones de Jaén, llevada a efecto por el rey Juan I, en 1382, están, como decimos, las raíces universitarias de Jaén. El historiador de la Orden de los Dominicos, fray Juan López, recuerda que la fundación ocupó viejos palacios musulmanes de la ciudad, junto a los restaurados Baños Árabes y la iglesia parroquial de La Magdalena, construida sobre una mezquita. Ximena Jurado habla de una institución dedicada por los Dominicos a la enseñanza y resalta que se daban «Tres lecciones de Arte y dos de Teología» y era, además, uno de los más importantes Centros que la Orden tenía en Andalucía. Uno de sus primeros alumnos había de ser Juan de Morales, obispo de Badajoz, confesor de Juan II, y aprovechó el obispo su privilegiada situación para acrecentar los bienes del convento y elevar el Estudio Dominicano de Jaén. La época de mayor esplendor fue el siglo XVI en que este Estudio se convirtió en General. Se produjo la laización del Centro y tuvo, para ello, como señala el recordado Rafael Ortega y Sagrista, el apoyo económico y moral de Juan Cerezo, Caballero Veinticuatro de la Ciudad, quien, con su segunda mujer, Francisca de Peñalosa, en 1503, donaron todos sus bienes al Convento, alcanzando unos cincuenta mil ducados. El impulso del Centro se debe a un Breve del Papa Clemente VII, y, sobre todo, a una Bula de Paulo III, que concedió el Centro a Jaén honores de Universidad y como tal ostentó el sello oval en el que figuraba la imagen de Santa Catalina Mártir. No obstante, tras una queja de Baeza, y después de un litigio, ganado por aquella ciudad, se estableció en ella, en 1528, la Universidad de Baeza que duró hasta 1824. Mientras Baeza contó con el apoyo real la Universidad de Jaén fue desapareciendo poco a poco. El edificio de Santo Domingo, tras la exclaustración del pasado siglo, se integró en el Patrimonio de la Diputación Provincial, y, desde 1847 hasta 1970, fue Hospicio de Hombres. Hoy, felizmente restaurado, es nuestro Archivo Histórico Provincial. Y, por su

*función eminentemente cultural, dedicado la conservación de fondos documentales y a la investigación histórica, un centro proyectado hacia la Nueva Universidad de Jaén.*

### III. VINCULACIONES ESPECIALES

*Todos los que aquí estamos, directa o indirectamente, somos usuarios de este Archivo Histórico. Tenemos unas vinculaciones especiales con esta institución de cultura viva que ya no es un almacén de abandonados papeles, sumidos en la oscuridad y en el silencio, cubiertos de polvo. Los Amigos de San Antón, en su mayoría, tenemos el Archivo como algo familiar.*

*Todas las instituciones tienen su historia marcada por grandes hitos. Pero también su intrahistoria formada por pequeños acontecimientos que apenas si salen a la luz. Igual le ocurre a este Archivo. Hemos sido testigos, y, en alguna manera, actores en la evolución de este Archivo. Creado al amparo de un Decreto de 1931, después de muchas vicisitudes, y muy concretamente desde 1954, bajo el impulso de su primer director, Melchor Lamana Navascués, que hizo una brillante labor, y para el que hemos de tener siempre un recuerdo de afecto y gratitud, este Archivo Histórico Provincial, está hoy dirigido por María Dolores Torres Puya, y formado por un competente equipo humano, que ha sabido crear todo un ambiente cultural. No solamente se ha dado una función social a estos fondos documentales sino que también se ha contribuido a la revitalización del viejo casco de la ciudad donde está enclavado. Con un personal escaso, pero insuperable, por su eficiencia y su alta calidad humana, desde la Dirección hasta el último subalterno, se ha hecho posible que este Centro sea cada vez más como un punto de reunión de viejos y nuevos investigadores de toda una importante generación de historiadores que está haciendo verdaderas aportaciones para la Historia de Jaén.*

*Permitidme que, dentro de este contexto, y que en una expansión de mi intimidad, al hilo de la cena que aquí nos reúne, saque a relucir una especial vinculación de quien os habla con este Archivo Histórico Provincial. Son datos de la intrahistoria. como funcionario del Estado, con destino en el entonces Gobierno Civil, hube de asumir durante varios años la Jefatura de los Servicios Periféricos del Ministerio de Cultura en nuestra provincia. Se planteaban entonces las transferencias de la Administración Central a la Comunidad de Andalucía. Este histórico y noble edificio de Santo Domingo, que estaba llamado a ser restaurado, con tanto acierto, por el ilustre arquitecto, Amigo de San Antón, Luis Berges Roldán, para ser destinado al Archivo Histórico Provincial, era y es propiedad de la Diputación Provincial. Tenía que pasar al Ministerio de Cultura si se quería*

ubicar aquí el Archivo Histórico cuya titularidad, por entonces, era estatal. Y así se hizo. El 7 de marzo de 1988, ante el notario Juan Lozano López, se firmó la escritura de cesión de uso, otorgada por la Diputación a favor del Estado Español (Ministerio de Cultura), por el presidente de dicha Diputación, Cristóbal López Carvajal, debidamente facultado por el pleno de la Corporación, y por mí, Vicente Oya Rodríguez, jefe de los Servicios Periféricos del Ministerio de Cultura en la provincia, que actuó en virtud de delegación de facultades efectuadas por el subsecretario del Ministerio de Cultura, Ignacio Quintana Pedrós, por resolución de 19 de septiembre de 1985. Gracias a dicha escritura de cesión de uso se pudieron ocupar estas estancias con el Archivo Histórico Provincial, interviniendo nuevamente cuando, en 1991, firmamos con la Junta de Andalucía las transferencias de la gestión no solamente de este Archivo, sino también de los museos y bibliotecas de titularidad estatal. Suelen pasar inadvertidos estos detalles en la historia de estas Instituciones y si los recuerdo es porque a mí, particularmente, me producen una emoción especial y porque, pasado el tiempo, me hacen mirar a este Archivo Histórico con singular cariño.

En aquellos años tuve también ocasión de participar con María Dolores Torres Puya en algunas gestiones en favor de este Archivo mientras el arquitecto Berges Roldán quemaba etapas en su brillante aportación restauradora y mientras la Dirección y el personal de esta casa trabajaban intensamente, con dinámico afán, en la ordenación y catalogación del inmenso legado que hoy tiene el archivo. Recuerdo la casuística cotidiana de aquellos años en los que deshacernos de un viejo pararrayos que había en los tejados del edificio, con evidente peligro, y en los que transferir la titularidad de determinados servicios, como los de los contadores de la Sevillana de Electricidad, requerían largos expedientes y trabajo burocrático. Hasta recibíamos muchas veces la visita de un anciano, vecino del Archivo, que nos pedía las llaves para regar unos arbolillos del patio, porque se estaban secando.

Ha pasado el tiempo y de alguna manera también sigo vinculado a este Archivo como miembro de una Comisión creada para la conservación de los fondos documentales de la Prisión Provincial de Jaén, sobre cuyo traslado y destino final tanto revuelo se armó hace unos años en nuestra ciudad. Como encargado del Archivo de la subdelegación del gobierno sigo mis relaciones con el Archivo Histórico Provincial de la Administración Central en cumplimiento de las normas establecidas para ello por las Leyes.

#### IV. CONCLUSIONES

Con verdadero acierto la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía celebra el décimo aniversario del inicio de esta nueva y

*prometedora etapa del Archivo Histórico Provincial. Ello supone la gran sensibilidad, por parte de la delegada provincial, Andrea Gómez Moral, y del personal que directamente lleva el Archivo, porque ello también indica que la institución, su mejoramiento y perfeccionamiento, en todos los sentidos, y en aras de una acción cultural con función positiva sobre nuestra sociedad, es un objetivo permanente y con mucha proyección de futuro.*

*Los amigos de San Antón nos unimos con satisfacción a estas celebraciones. Nada mejor que con esta Cena Jocosa, que tiene mucho de seriedad, porque exalta a Jaén, su geografía, su historia, su arte, sus costumbres y sus tradiciones, su gastronomía, las biografías de nuestros personajes. Nada mejor que con esta Cena Jocosa, aquí en este marco del viejo Convento de Santo domingo, de la antigua Universidad de Santa Catalina, para sentir que somos muy de Jaén, por la boca y por el corazón, y para sentir también que somos y nos consideramos los Amigos de San Antón, Amigos del Archivo Histórico Provincial.*



## El paseo por el Claustro, preámbulo de la cena

**T**erminada la intervención de Vicente Oya, los cofrades continuaron las conversaciones interrumpidas. Muchos de ellos no se habían visto desde el año pasado y tenían mucho que contarse. El sexo femenino en esta cena estaba en minoría, contaba sólo tres mujeres entre muchos hombres. Una proporción que puede inducir a pensar en cierta vena machista en los Amigos de San Antón, más aún si tal análisis proviniese de una organización feminista o partido político de los de cupo. Quizá sea así, pero, como grupo de amigos, los de San Antón no tenemos cupos de sexo, sino que estamos unidos por la amistad y el amor a Jaén. Y como buenos amigos, el Prioste nos invitó a salir al claustro del antiguo convento para hacernos la fotografía habitual.

La noche era poco apacible para pasear a la intemperie. A pesar de todo tenía el encanto que le daba el claustro con su conjunto de columnas, arcos, ventanas, molduras, grifos, antepechos, cartelas, escudos y demás decoración que el alumbrado dejaba entrever. Observé que algún cofrade dirigía sus ojos a las ventanas de las galerías, quizás buscando alguna sombra extraña acechando en la penumbra. Antaño, cuando el viejo Jaén estaba plagado de leyendas de duendes, brujas y fantasmas, por estos



edificios —se decía— deambulaban muchos de ellos. Los peores eran las brujas, de las que contaban sombríos relatos en los que solían raptar a los niños y llevarlos a sus oscuros aquelarres de sangrientos rituales. Por ello en el día de San Antón, cuando se encendían las grandes lumbres en su honor, cuentan que las brujas sobre sus escobas volaban en desbandada, los hombres tomaban sus escopetas y disparaban al aire por ver si alcanzaban a alguna de ellas, mientras entre las llamas ardían muñecos de trapo, identificados con las brujas y el Diablo.

Antaño no había pueblo o aldea en la no circularan noticias sobre el Diablo, brujas, duendes, fantasmas o miedos. El Diablo estaba presente siempre como parte de la eterna lucha entre el Bien y el Mal. La Cruz, talismán frente al mal, ha poblado los campos, sobre todo en las cumbres de las montañas —lugares donde la cruz alcanza mayor visibilidad y donde se creía realizaban las brujas cultos al Demonio— y en las encrucijadas de caminos —donde se decía tenían lugar reuniones de espíritus malignos en presencia del Diablo—. Algunas leyendas en torno al Diablo han tenido a la Cruz como elemento fundamental. Es el caso de la leyenda de *La Cruz de Requena*, del siglo XV, ubicada geográficamente en el collado de Requena, en Jódar, donde se dice estaba la cruz, hoy desaparecida. Según la leyenda Requena era un renegado, que traicionaba tanto a moros como a cristianos. Una noche de tormenta, tras invocar al Diablo, se tropezó con un macho cabrío en el camino. Se lo echó a su espalda y comenzó a caminar. Al poco, el animal —que era el Diablo— le preguntó: «¡Requena!, ¿peso?». Y Requena murió de miedo, pagando así tantas traiciones. La cruz actuaba como talismán en un lugar donde el Diablo se hizo presente, a la vez que como tantos otros humilladeros que salpicaban los caminos.

Sin embargo, en las leyendas no siempre la cruz es talismán frente al mal. Gustavo Adolfo Bécquer narra la leyenda de *La Cruz del Diablo*, en la que esta cruz, junto a un sendero, cerca del Segre, que había sido levantada con algunos sillares del castillo de un cruel barón y el hierro fundido de su armadura, estaba poseída por el Diablo. Se decía que en el invierno los lobos se reunían en manadas junto a ella, los bandidos asaltaban a su sombra a los caminantes, a los que asesinaban y enterraban a sus pies, y junto a ella los rayos centelleaban los días de tormenta, rompiendo los sillares de su pedestal.

La presencia diabólica adquiere significado en otras figuras como las brujas, creencia muy extendida. Las brujas eran siervas del diablo, por lo general mujeres viejas con ciertos poderes para hacer el mal. Supuestamente podían hacerse invisibles y desplazarse volando sobre escobas, adivinar el futuro, reanimar objetos inanimados, revivir a los muertos, conjurar espíritus, etc.

El fuego como elemento purificador del mal, encarnado en las brujas, es una antigua tradición muy extendida por Europa; así en la misma provincia hay poblaciones en las que aún pervive su recuerdo, como en Alcalá la Real, donde durante la víspera del día mágico de San Juan se quema una bruja de trapo que desciende desde el campanario hasta una hoguera. En Pegalajar se decía de las brujas: «*Tres son de Andújar, dos de Escañuela y la Capitanilla de Villanueva*», expresión muy parecida a otras de la provincia. Se contaba que en la noche raptaban a gente y la llevaban en vuelo, haciendo rápidos viajes entre lejanas poblaciones. Esta creencia en las brujas es propia del mundo campesino, de gentes que vivían inmersas en una civilización mágica, que no conocían muy bien el cristianismo e inconscientemente lo mezclaban con prácticas paganas procedentes de la noche de los tiempos. Creían en el poder maléfico de algunas personas con las que convivían, el que identificaron con la demonología que el clero difundió en la cultura popular.

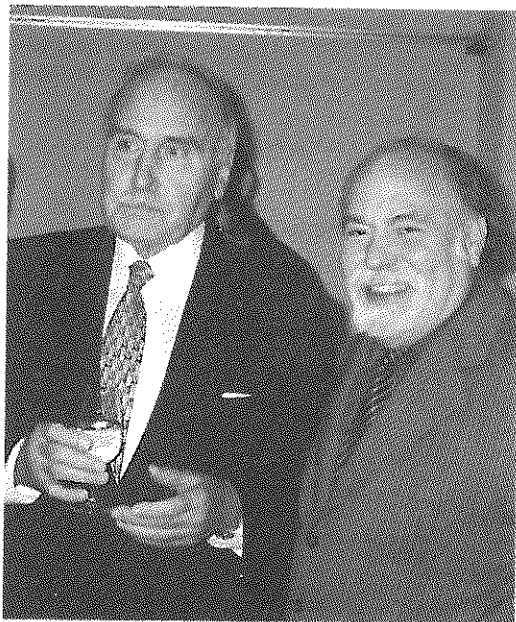
Una bruja es *La Pesanta* (la Pesada), que la leyenda catalana identifica con hechos extraños en los hogares, como movimientos de platos, muebles u otros objetos, y cuando se encariña con una casa no suele abandonarla. Por las noches se acuesta sobre el pecho de alguna persona, que siente gran pesadez y dolor hasta que enferma y muere. La defensa ante ella es desparramar un plato de mijo en la puerta. Leyenda muy parecida a otra de Torredonjimeno, en la que por las noches una presencia diabólica ofrecía opresión sobre una mujer, que se levantaba por las mañanas con dolor de brazos y muy cansada, hasta que una noche dijo las palabras «Jesús, María y José», y una lengua de fuego salió por el balcón. Los procesos de hechicería contra brujas y endemoniados por

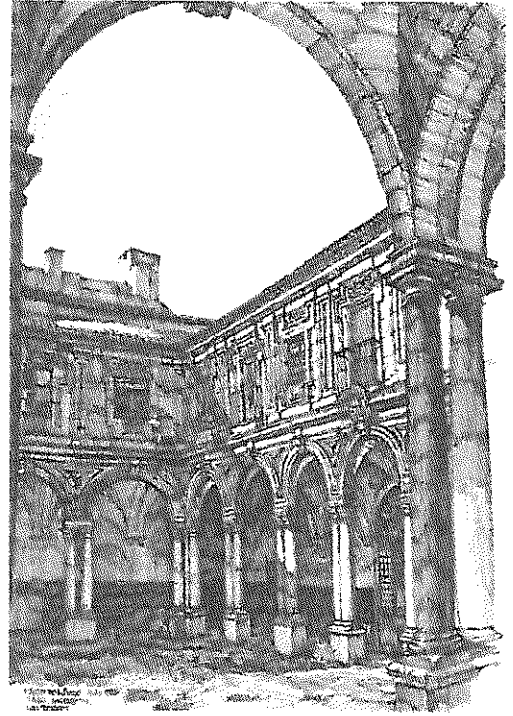
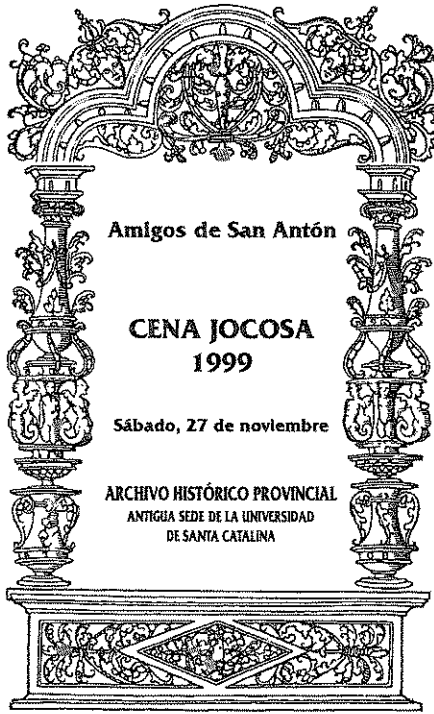


parte de la Inquisición fueron la trágica consecuencia de esa alucinación colectiva en un mundo donde la frontera entre la leyenda y la realidad no estaba muy definida.

Pero en la noche mágica de la *Cena Jocosa* podíamos estar tranquilos. Los tiempos ya no son propicios a tales creencias. Y en el supuesto que aún creyese alguien en las brujas y temiese ver alguna por este palacio, al ver juntos a tanto amigo de San Antón en esta noche, habría volado a otro lugar para no volver más.

Nada perturbó nuestro corto paseo nocturno. Atravesábamos el claustro bajo un cielo estrellado hasta llegar a las escaleras que daban a la puerta de entrada. Tomamos posición en ellas para la foto de familia, imprescindible en esta crónica, y volver con prontitud de nuevo a la sala, donde nos esperaba el caldo caliente de la cena.





*Siglos XVI, XVII, XVIII... todo el mundo humanista y cultural de Jaén, cobijado en el patio de Santo Domingo el Real. Las sesenta columnas, los veintiocho arcos, los doce balcones y las dieciséis ventanas, componen un austero, armónico y monumental conjunto que, adornado de molduras, grifos, cartelas, antepechos, motivos decorativos y escudos, componen el más hermoso de los claustros jiennenses.*

Así lo describía el recordado Rafael Ortega y Sagrista, cuando todo el recinto monacal pasaba por un triste periodo de deterioro, abandono, olvido y silencio, circunstancia afortunadamente temporal, superada cuando finalizaban los años ochenta, gracias al convenio suscrito entre la Diputación Provincial y el Ministerio de Cultural, llevándose a cabo una eficaz y diligente restauración de la mano maestra de Luis Berges Roldán, destinándose a sede y alojamiento del *Archivo Histórico Provincial* que, con su posterior transferencia de gestión a la Junta de Andalucía y en las calendas que corren, celebra el décimo aniversario de su ubicación en este noble edificio.

La Asociación Amigos de San Antón, uniéndose a esta particular efemérides, celebran en estancias principales del mismo y debido a la generosa disposición mostrada en ello por la Ilma. Sra. D.<sup>a</sup> Andrea Gómez Moral, Delegada Provincial de Cultura, la veintidós edición de su ya tradicional velada *Cena Jocosca o Cena de Santa Catalina*, pasado que sea el toque de ánimas del sábado 27 de Noviembre de este año de gracia de 1999.

## Minuta

### Minucias de entrada

Almendras tostadas / Aceituna Moradilla  
*Partido de Casa Paso* / Garbanzos Tostados  
...

Queso Manchego / Jamón Serrano  
...

Morcilla de Villargordo / Chorizo abumado  
...

Habas, Bataio, Aceite y Pan  
...

*Cerveza Alcazar* / *Mazanilla La Guita*  
Refrescos varios

### Cena

Caldo de Cocido  
...

Espinacas, rehogadas con pasas y piñones  
...

Redondo mechado, con guarnición

### Vicos

Haloque y Trasanjejo

### Postre

Fruta de tiempo

### Sobremesa

Vemas de Las Descalzas / Sultanas de Coco  
Rosquillos de almendra / Hojaldrinas

Antis Castillo de Jaén y Crema de Café  
de las Destilerías de Angel Tirado

Sobre el inicio de la cena y algunos comentarios en los que estuvo presente este cronista

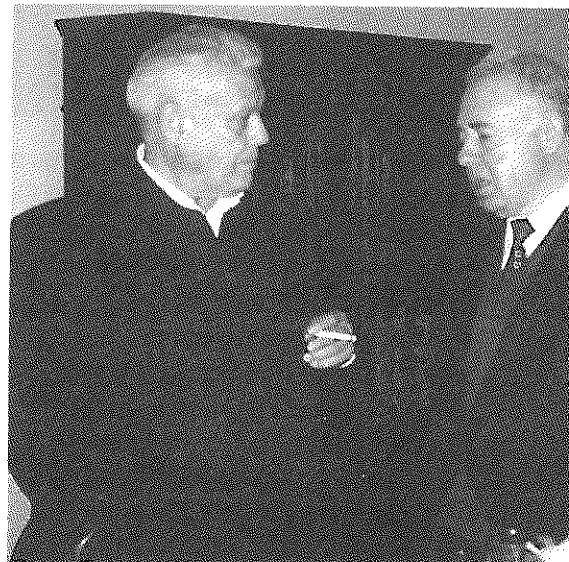
**E**ran las diez de la noche y nos sentamos en la larga mesa que al efecto había habilitado el Prioste con las de la sala de investigadores. Cada cofrade tenía su lugar en la mesa, que nuestro buen Pedro Casañas había colocado, atendiendo a su mesura y experiencia, con tal de que nadie se sintiese incómodo o aislado de los demás. A mí, como cronista, me concedió el honor de presidir uno de los extremos, mientras él, como Prioste, presidía el otro. Desde esta panorámica contemplaba a todos los cofrades y más fácilmente tomaba nota de lo que observaba en mi cuaderno, mientras venían a mi memoria aquellos versos de José María Gabriel y Galán:

*Ya no hay deleites humanos  
ni más grandes ni más sanos  
que éstos que son mi ideal:  
pan de trigo candeal  
comido en paz y entre hermanos.*

Mi buen amigo, Ángel Aponte, sentado a mi izquierda, hacía de consejero; mientras que a mi derecha estaban Fernando Lorite y Pilar Sicilia, que en broma me advirtió del peligro que tenía el estar cerca de un servidor, cronista que da fe de todo lo que se habla.

Estando todos sentados, de nuevo la campanilla, y nuestro capellán, José Casañas bendijo la mesa con las tradicionales palabras:

*Señor San Antón Abad:  
los aquí cenantes, tus amigos  
alrededor de esta mesa reunidos,  
rogamos de tu amistad  
que nos mantengas siempre unidos.  
Que, como a nuevo rebaño  
nos quieras apacentar  
ese año y otros años...  
Y, como broche final,  
pedimos en común consenso,  
bendigas este humilde pienso  
que vamos a trasegar  
regado con vino espeso.  
Amén.*



El delicioso y caliente caldo de cocido pronto levantó el ánimo. Algún que otro cofrade empezó a estimularme en mi labor.

— Esta noche no cenas –me decía Antonio Martos viéndome cómo anotaba alguna que otra observación.

— No tienes que llenar todo el diario –añadía José María Pardo, con su tradicional humor.

Un poco más allá, Maribel Sancho me hacía una señal con el ojo, que según el lenguaje universal de los símbolos quería decir «anota bien».

Casi en el otro extremo de la mesa, Juan Eslava y Manolo López Pérez conversaban amenamente. Me dirigí a ellos e interrumpí su conversación para comentar con Juan, gran conocedor de la poliorcética de Jaén, una duda que siempre he tenido en relación con la primitiva función del Arco de San Lorenzo, donde los amigos de San Antón



celebramos los actos culturales, acentuada por la hipótesis que Francisco Rus Puerta hace en su obra *Corografía del reino y obispado de Jaén* (1646). Según Rus Puerta, dicho arco sería una primitiva puerta fortificada del Jaén romano. La ciudad primitiva comprendería «la cerca como baja de la Peña a la Iglesia Mayor y, prosiguiendo hasta la cárcel, debía de dar vuelta al arquillo de San Lorenzo, dejando fuera de la ciudad todo lo que hay desde allí a la puerta de Martos, donde tenían su sitio la fuente, bosque y baños». Esta descripción, junto con la que posteriormente hace un maestro de obras en 1825 –recogida por Pedro Casañas– sobre «el pasadizo que daba entrada de la iglesia a la sacristía, que su construcción es voladiza a la parte de la calle», inducen a pensar en un adarve. Parecer que no compartía Juan, que la identificaba en su más

primitiva función como sacristía de la desaparecida Iglesia de San Lorenzo, pero que en Manolo López Pérez produjo cierta curiosidad.

Desde la atalaya de nuestro tiempo vemos hoy a aquellos pioneros historiadores jaeneses, como Francisco Rus Puerta, muy lejanos y distantes, que utilizaban una precaria metodología que les llevaba a errar con frecuencia. El caso de la utilización de falsos cronicones como fuente de la historia eclesiástica es prueba de ello, tanto en este historiador como en otros coetáneos, que citan constantemente a Dextro, Luitprando, Juliano,... forjados por el padre Jerónimo Román de la Higuera. Sin embargo, no debemos aislar a estos historiadores de su época barroca –la crítica histórica vendrá más tarde– y ver los aspectos positivos que contienen sus obras. Por ejemplo, sorprende en el caso de Rus Puerta su calidad de epigrafista y la identificación prematura de algunos topónimos –caso de *Aurgi* con Jaén–; o en el Padre Francisco de Torres, autor de la *Historia de Baeza*, la identificación de *Iliturgi* con *Maquiz*, prueba de sus conocimientos humanísticos, y la descripción geográfica de muchos lugares de la provincia en el siglo XVII. Jaén tiene una deuda con estos pioneros de la historiografía provincial, a los que se ha criticado sin piedad durante años y que, desde sus obras, nos demuestran con humildad su sabiduría, incluso corrigiendo a modernos historiadores.



### Palabras que Maribel Sancho pronunció sobre la Universidad de Santa Catalina

**E**ran las once de la noche cuando otra vez sonó la campanilla. Ya me dí cuenta que estaba sincronizada para tocar cada media hora, cual reloj-despertador de cuarzo japonés. Y por el aire que le daba el Prioste, bien podía apostar que fue monago en su infancia, de esos que quitaban el sueño al sacristán. De nuevo callaron las pláticas entre los cofrades y, con profundo respeto, prestaron oídos al anuncio del Prioste que daba la palabra a la primera mujer de nuestra Asociación, Maribel Sancho, que ha sabido calar con su saber y simpatía en una asociación un tanto varonil en el pasado. Y es que la tradición pesa, incluso en los Amigos de San Antón. Hoy día este tema está superado y cada noche de Santa Catalina Maribel nos demuestra su amor a Jaén y nos deleita con sus conocimientos sobre su historia. Estas fueron sus palabras:

*Ayer a estas mismas horas, poco más o menos, llamé a nuestro Prioste, Pedro Casañas, para disculparme por no haber podido preparar ninguna intervención para la cena de esta noche.*



*Sin embargo, me quedé con mi regomeyo y al final me decidí a tomar sólo unas notas amparándome en que las palabras se las lleva el viento, y que después podré ordenar mejor lo que voy ahora a contar.*

*La verdad es que los muros de este edificio en que nos hallamos podrían relatar más cosas que yo, pero, de todas formas, documentos hay en los que podemos asesorarnos. Dice la Historia de la Orden de Santo Domingo que en este lugar había unos palacios musulmanes, que pasaron después a los reyes cristianos, y que Juan I decidió en 1382 establecer en ellos un convento de la orden de Santo Domingo con el nombre de Santa Catalina.*

*Uno de sus principales objetivos era la enseñanza y en dicho colegio aprendieron los dominicos novicios artes liberales y teología durante años, convirtiéndose en uno de los principales centros de la orden en Andalucía.*

*Y, si las cosas no hubieran pasado de ahí, no hubiera habido mayores problemas.*

*Pero, por unos motivos o por otros, el convento fue recibiendo donaciones económicas, algunas de importancia, como la de uno de sus alumnos, Juan de Morales (confesor del rey Juan II y de su madre la reina doña Catalina), más tarde obispo de Badajoz (1427) el cual «en reconocimiento de aver recibido el hábito, professado y estudiado artes y teología» realizó tal donación (eso eran alumnos y no los de ahora).*

*Aunque tal donación parece que fue sustanciosa, sin duda la mayor aportación la recibieron los dominicos gracias al testamento del caballero veinticuatro don Juan Cerezo (1503) y de su segunda mujer, doña Francisca de Peñalosa, quienes dejaron sus fincas de Grañena la Vieja, Grañena la Nueva y el Remolinar, además de unas casas en Jaén, para dedicarlas a la enseñanza. Con esta colaboración económica, impulsaron de manera considerable al colegio dominico convirtiéndolo en Estudio General «e que en dicho colegio haya estudios donde se enseñe la*

*gramática e artes liberales e la teología a los colegiales que residiesen en la dicha casa e pueda aprovechar a otras personas que allí fueren a oír para aumentar el servicio de Dios e las ciencias» (testamento de doña Francisca de Peñalosa, escribano Alonso Díaz, 30 de agosto de 1531).*

*Es decir, el colegio, que en un principio se había creado para que asistieran a sus clases solamente los religiosos del convento, se amplía a los jóvenes de Jaén. Para asegurarse de que tal asistencia fuera lo más cómoda posible, se abrió una puerta a otra calle, a fin de que los estudiantes no tuvieran que atravesar por la parte reservada a convento.*

*Estas ayudas económicas y el consiguiente incremento de alumnos suscitaron envidias y rivalidades.*

*Al Cabildo de la Catedral se le ocurrió que se podían anular los deseos de doña Francisca de Peñalosa y crear con su dotación un hospital. Y a conseguirlo dedicó todos sus esfuerzos; pero tanto Clemente VII como Pablo III dictaminaron en contra de las pretensiones del Cabildo. Y, además, este último Papa, en 1543, autorizó en Jaén los estudios de artes liberales, medicina y cirugía «que los cursos que aquí se oieren y aprobaren, sean recibidos en todas las universidades destos reinos, y los que legitimamente cursaren se admitan a los grados de Doctor, Maestro o Bachiller en virtud de ellos». Finalmente, otra Bula de Pío V (1565) convirtió el convento en universidad.*

*Sabemos, pues, que, gracias a estos apoyos pontificios, en Jaén hubo universidad. Pero lo que destaparía la caja de los truenos de las lomas baezanas fue otra Bula, en esta ocasión de Urbano VIII, de 1629, por la que fueron confirmados y ampliados los colegios y por la que se le ofreció a la ciudad de Jaén el Patronato de la citada universidad.*

*Si el patronazgo hubiera sido sólo honorífico, no hubieran pasado de ahí las cosas, pero nos consta que la ciudad tenía que «dotar para ayuda a pagar los salarios de las cátedras de todas ciencias (...) se haga en la cantidad de diez mil ducados».*

*A las envidias y recelos de la vecina Universidad de Baeza se sumaba ahora el miedo a perder alumnos por lo cual, como es sabido, interpuso un pleito en contra de la Universidad de Jaén, alegando, quizá con razón, que la de Santa Catalina no tenía sanción real, sino solamente la autorización del Papa. Este pleito, como es de todos conocido, se saldó a favor de la Universidad de Baeza que consiguió que el Rey Felipe IV impidiera a los dominicos utilizar el nombre de Universidad (ejecutoria de 5 de junio de 1630).*

*Cuando en Jaén se conoció la noticia de que su universidad corría peligro, los vecinos se movilizaron, tal como nos ha documentado*

recientemente López Molina. Todos los grupos sociales ciudadanos se manifestaron en apoyo de la joven universidad. Su existencia evitaba que muchas familias de Jaén tuvieran que enviar a sus hijos a las lejanas Salamanca, Alcalá de Henares o Granada y así se ahorraban considerables gastos económicos.

Curso movidito debió de ser este de 1629-1630 para los dominicos. La universidad se creó (junio 1629), se nombraron profesores para todas las disciplinas; se buscaron bedeles, aportaciones económicas; se iniciaron los estatutos; tuvieron que litigar con Baeza; recabaron la ayuda de los vecinos de Jaén, de las más importantes cofradías de la ciudad, de los labradores, los jurados, los escribanos, los procuradores, los familiares del Santo Oficio; para finalmente ver truncadas sus ilusiones por sanción real. Para que luego digamos en la universidad actual que tenemos mucho trabajo burocrático.

Documentos hay para comprobar que, pese a las acusaciones de la cercana Universidad de Baeza, la de Santa Catalina reunía todos los requisitos necesarios para funcionar como universidad. Tenía su rector, su secretario, sus profesores para todas las disciplinas de las diferentes facultades, sus bedeles. Sabemos también que se estudiaban en ella Teología, Artes, Filosofía, Lógica, Jurisprudencia, Medicina, Cirugía y Gramática. Tenía estatutos, o al menos los estaban elaborando cuando Baeza intervino ante Felipe IV. Realizaban, incluso, todos los ceremoniales universitarios característicos. Especialmente solemnes debían ser los actos protocolarios de los juramentos de nuevos maestros, licenciados y doctores de los que conservamos unas formulas latinas, desmañadamente copiadas en el siglo XIX, pero que nos recuerdan la existencia de tales ceremonias, para las cuales disponían de los correspondientes trajes académicos con birretes de raso y terciopelo. Revestidos con ellos, celebraban los claustros, recorrían el patio de nobles escudos, y salían en procesión por los alrededores del edificio el día 28 de octubre, San Simón y San Judas, —¿no me preguntéis por qué?— formando un cortejo en el que participaban los doctores, licenciados, y maestros con sus birretes de borlas de colores.

Acerca de este edificio hay, como vemos, abundantes testimonios. Además, también hay, lo se yo, leyendas de fantasmas y aparecidos. A juzgar por muchos de los coloristas y llamativos rituales que se conservan de la fugaz universidad de Santa Catalina, algunos de sus dirigentes algo «fantasmas» sí que eran. Pero no creo yo que los cuentos que he oído acerca del espíritu de este edificio se refieran a eso.





## Recuerdo de la otra «Universidad» ubicada en estas casas

Cuando Maribel terminó su exposición bullía en mi mente aquella Universidad, mientras me imaginaba a la caterva estudiantil llena de vida, en perpetua disputa con la disciplina docente. Me adentraba en el antiguo ceremonial que jalonaba el calendario académico, mirando a mi alrededor en busca de una pista de su espléndido pasado. Sin embargo, el sobrio edificio callaba, y su seriedad traspasaba los recuerdos universitarios, conventuales y palaciegos para introducirme en otra vida de la que sólo sus paredes saben, en otra silenciada escuela de la que se suele hablar menos. Y es que también ejerció el exconvento de Santo Domingo como sede de otra universidad, esta vez no oficial, como tampoco eran oficiales las asignaturas que se impartían ni el modo de impartirlas. Fue a partir de la exclaustración del convento en 1836 cuando éste pasó a propiedad pública y el Ayuntamiento constitucional, decano de la Beneficencia en la ciudad, aprovechó el inmueble para ubicar allí el Hospicio de Hombres —o Encierro de Pobres, como lo llamaban otros— a raíz del R. D. de 8 de septiembre de 1836 que restableció la Ley de Beneficencia, confiriéndole por defecto y tácitamente la «venia docendi» en engaños, truanerías, raterías y demás artes picarescas necesarias para «sobrevivir» en aquel mundo difícil. Pronto adquirió fama entre las demás «universidades de la vida», por la buena preparación y alta graduación que adquirían los alumnos en él matriculados. En el Hospicio convivían niños y ancianos, éstos enseñaban a aquellos en clases teóricas y prácticas las más diversas triquiñuelas que habían aprendido a lo largo de su vida, y cual lazarillos sufrían en su cuerpo esa enseñanza. A mediados del siglo pasado había trescientos asilados pobres en este hospicio, los que trataban de entretener en diversos talleres: esparto, paños, zapatos, madera,... a cambio del mantenimiento de «*los ancianos pobres e inválidos y los niños huérfanos y expósitos*». En el Hospicio entraban ciegos, tullidos, cojos, mancos y viejos mendigos, además de niños huérfanos o mendigos, controlados —oficialmente y en medida de lo posible— por un director eclesiástico, celadores y maestro de Instrucción Primaria.

Sin duda el Hospicio tenía en la ciudad buena cantera para seleccionar asilados. En el pasado, la miseria y el hambre siempre estuvo acechando por estos «lampayos», llevándose a muchos y agudizando el ingenio de los que estaban en «lista de espera». Como siempre, los más débiles sufrían en mayor proporción la gran mortalidad de la época, sobre todo los niños. La mitad de los nacidos morían antes de cumplir los cinco años de edad, por lo que eran frecuentísimos los entierros de niños en



aquellas pequeñas cajitas de madera que parecían de juguete. La mayoría, los más pobres, no disponían de cajas, envueltos en un saco eran llevados al cementerio en un acto que por secular no dejaba de ser trágico. Era la más terrible de las realidades, que los gobiernos liberales del siglo XIX quisieron paliar continuando desde la Administración las medidas de beneficencia que anteriormente ejercían instituciones privadas, aunque con tan escasos medios como éstas. Una de ellas consistía en dar salario por lactancia a aquellas nodrizas que amamantaban a niños ingresados en la inclusa. Esta medida elevó drásticamente el número de hijos ilegítimos en la ciudad de Jaén –más del 12% de los nacidos–, porque muchas madres de familias humildes colocaban anónimamente a sus recién nacidos en el torno de la casa cuna, a los que hacían una determinada señal para poco después identificarlos y sacarlos, para así cobrar el salario que la beneficencia pública daba por lactancia.

Otros muchos no salían. Si sobrevivían, de la casa cuna pasaban al hospicio de hombres del exconvento de Santo Domingo, donde recibían esa formación acelerada teórica y práctica sobre supervivencia humana, cuyo profesorado estaba altamente cualificado en la temática, tanto era así que sobraban los manuales, incluso los apuntes. El fin era estimular al máximo las neuronas cerebrales y obtener una buena calificación que les abriese camino en la vida. Virtudes, pues, tenía esta otra «universidad»

de Santo Domingo, a las que hay que añadir la ausencia de endogamia por razones evidentes.

Por unas causas o por otras, el edificio del exconvento de Santo Domingo ha estado muy vinculado a la cultura, bien como universidad oficial en el siglo XVI o «universidad popular» en el XIX. El hecho es que ha formado parte íntima de la idiosincrasia del hombre jaenés para lo bueno y para lo malo; pero quizás siempre con un rictus de amargura y frustración, que hoy día, en su actual función de archivo, pretende borrar el escaso cuerpo jaenés de archiveros y la pleyadita de investigadores que nos acercamos a sus estancias, donde encontramos ese inefable sosiego mental que la investigación necesita.



Intervención de Luis Berges, arquitecto que reconstruyó el exconvento de Santo Domingo y de las conservaciones con algunos cofrades

**A** continuación, con acento emocionado, tomó la palabra Luis Berges. Una emoción que le traía profundos recuerdos, tanto por la relación entrañable que tiene el edificio con su padre, como con él mismo por las obras que realizó en 1985. La sensibilidad y profesionalidad que caracteriza a Luis se deja notar en sus actos y sus obras. Y, cómo no, en cada rincón de este palacio que él magistralmente supo reconstruir. Éstas fueron sus palabras:

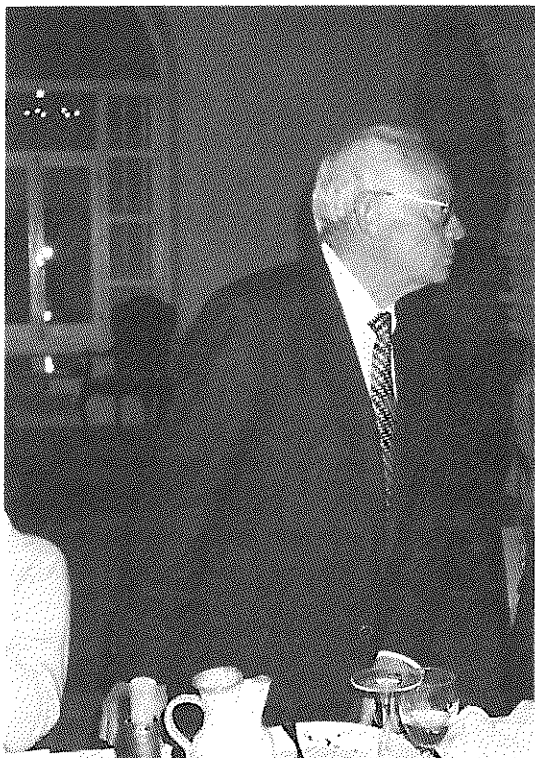
#### EL ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE JAÉN

*Nunca, antes de aquella fría y soleada mañana de Noviembre de 1974, había traspasado la severa puerta de entrada de Santo Domingo, el Colegio Internado Provincial de Santo Domingo, propiedad de la Diputación Provincial y que todos conocíamos como Hospicio de Hombres. Había conseguido permiso para poder hacer un dibujo de su patio enclaustrado, en aquellos tiempos en que yo estaba empeñado en dibujar todo lo de aquel Jaén, ya escaso de identidad arquitectónica por culpa de lo que siempre movió a sus gentes, la inculta ignorancia del pasado y la escasa rentabilidad que producían su memoria y su existencia.*

*Aquel hermoso patio, obra del giennense Eufrasio López Rojas, era un puro olvido, un pequeño bosque de maleza del que emergían sus cuatro*

claustros de pareadas columnas, uno de ellos, el que miraba a Poniente, dañado por aguas y soles de siglos. Recuerdo, mientras dibujaba, el constante zureo de la incontable colonia de palomas que lo habitaba.

Hacia ya tiempo, casi diez años, que la Diputación Provincial lo había desalojado y cerrado al uso como Internado. Y, terminando estaba, cuando entró mi buen amigo Diego Vadillos, gran amigo de mi padre, para mí admirado por su siempre correcta forma de ser y estar, y a quien yo siempre visitaba en mis escasas venidas a Jaén durante mi etapa de estudiante en Madrid, pues él me prestaba libros de autores literarios de



aquellos años y yo le dejaba discos, aquellos discos negros como el azabache de la Voz de su Amo, de la colección de música clásica que de mi padre aún conservábamos. No recuerdo haber visto, después de aquella fría y soleada mañana de Noviembre, a aquella mi admirada persona, que en los veranos de los años de guerra nos enseñó, a toda la chiquillería amiga, a nadar en los profundos y cristalinos chilancos de los Cañones de Riofrío.

Unos años después debí tener ocasión de llamar la atención del Ministerio de Cultura del estado de ruina de aquel hermoso edificio, pues en Mayo de 1980 me enviaban contrato de ejecución de un proyecto de restauración para lo más urgente a que acudir en aquel enorme caserón. El presupuesto de ejecución fue de 8.332.867 pesetas, obras adjudicadas a Agromán S.A. De la Memoria del mencionado proyecto, paso por alto, por conocida, la descripción histórica del inmueble, obtenida de la única fuente documental que por aquel entonces disponíamos, el «Don Lope de Sosa. Resalté en ella la transformación que en el año 1924 se llevó a cabo en los pies de la iglesia bajo la dirección de mi padre, a la sazón Arquitecto Provincial, y por iniciativa de su Presidente, don Inocente Fe Jiménez, a la vista del estado de ruina de la torre de la espadaña y del peligro que ello representaba para la magnífica portada manierista de Alonso Barba (ejecutada en 1576, un año después de la muerte de su maestro Andrés de Vandelvira), reforma que dio origen

a la organización de un atrio en dos niveles y una nueva disposición de tal portada en relación con la fachada a la calle Santo Domingo.

Las obras que comprendían mi proyecto fueron: restauración de las cubiertas de la iglesia, donde se evidenciaba una anterior intervención, en la cual se había sustituido la teja árabe por placas de fibrocemento; recalzo de un muro lateral del crucero o apoyo del arco toral del mismo; restauración del claustro de Poniente, fuertemente erosionado, y demolición de distintos añadidos en el interior de los espacios de planta baja, desdibujada por éstos.

Tales obras fueron recepcionadas en abril de 1981, dándose con ellas hálito para más larga vida y un mejor aspecto al viejo y entrañable edificio.

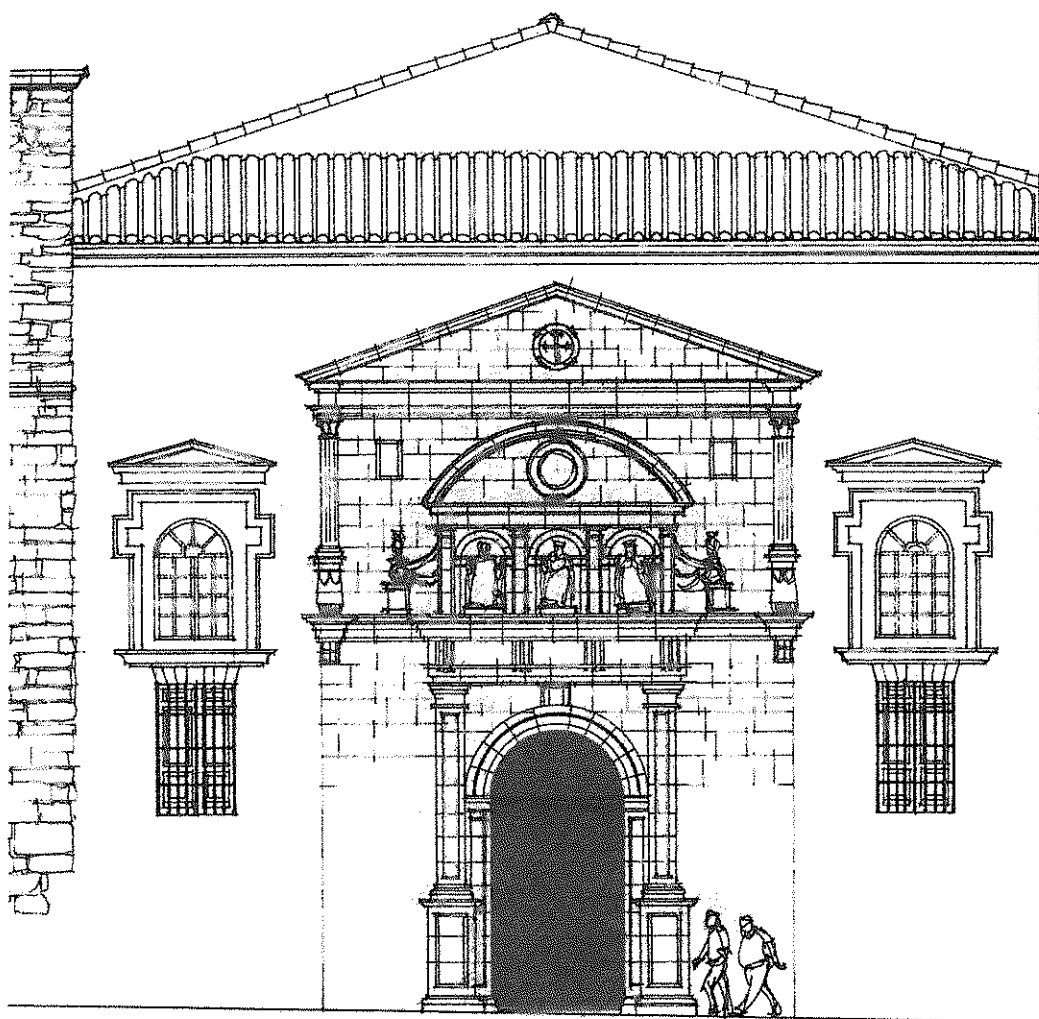
A mediados del año 1980 culminan las conversaciones entre el Ministerio de Cultura y la Diputación Provincial para la creación de un moderno Archivo Histórico Provincial, que viniese a sustituir al que tantos años estuvo ocupando un edificio antiguo de la calle Julio Ángel, edificio hoy, cómo no, demolido y del que se ha conservado, al menos, su portada de piedra, pero no un interesante patio aporticado que lucía una severa galería y escalera, con un sabor austero de lo giennense, cuando estructuralmente se resolvía casi todo con madera.

Para este nuevo Archivo se iba a ceder el edificio de Santo Domingo y el Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, confiaba en mí para esta nueva actuación en tan histórico edificio.

En las reuniones previas que mantuve con el Subdirector General de Archivos, Sr. Mata, y la Sra. Casas, técnica del Cuerpo de Archiveros del Estado a fin de concretar el programa de necesidades, así como también las características de funcionamiento de un moderno Archivo, traté de que se incluyese en ello todo el conjunto de edificaciones que constituían Santo Domingo. Pero todos mis argumentos para no dejar fuera de tal ocasión a la Iglesia y dependencias anejas, fueron inútiles. Así, de este modo, la cesión fue concretada en el resto, exactamente en 2.904,21 metros cuadrados de suelo, medido en planta baja. Y la Iglesia quedó sentenciada a un destino un tanto incierto y lleno de avatares, de los que aún no se ha liberado.

El 4 de Marzo de 1981 recibía el encargo de Adaptación del Edificio de Santo Domingo para Archivo Histórico Provincial, proyecto que se aprobaba el 25 de Octubre del mismo año. Era adjudicado también a la empresa Agromán, por la cantidad de 89.340.366 pesetas.

Haciendo una descripción generalizada del futuro Archivo giennense, dentro de la edificación existente en Santo Domingo se organizaron todas las dependencias y espacios necesarios, circulaciones bien diferenciadas del público, personal y documentos, así como depósitos para éstos custodiados en específicas condiciones de luz, ventilación y grado de humedad y temperatura. La solución para alcanzar la máxima capacidad de almacenamiento, sin aumentar el volumen de la edificación existente, fue conseguida con la construcción de grandes entreplantas cada 2,20 metros de altura libre, gracias al montaje de una estructura metálica independiente al edificio, bajo sus cubiertas. Con esta idea básica se organizaron las demás dependencias complementarias de tal manera que la superficie total a construir, aprovechando como contenedor el viejo edificio, fue de 6.111,85 metros cuadrados, de los cuales 2.500 metros



cuadrados se destinaban a depósito de legajos en los que podrían disponerse 17.000 metros lineales de anaqueles en estanterías.

El programa de dependencias necesarias para el funcionamiento y organización del moderno Archivo incluye, en planta baja, un atrio de acceso principal desde la calle Santo Domingo, donde unas escaleras conducen al patio enclaustrado, en cuyo centro cuatro cipreses que se están desarrollando como elegantes y espléndidos ejemplares, marcan el eje vertical de los cuatro claustros del autor de la fachada principal de nuestra hermosa Catedral.

En el ángulo del patio diametralmente opuesto al ingreso descrito, se abre el acceso directo al vestíbulo principal, donde se encuentra la entrada a una sala de doble crujía destinada a exposiciones y conferencias, que recibe luces desde el claustro y también desde un patio interior, donde se organizó un paso cubierto soportado por un arco rebajado de dovelas procedentes de un hospitalico de mujeres recogidas, que dio nombre a la calle donde se demolió en su día por el Ayuntamiento una ruinosa edificación. En este patio, un hermoso ejemplar de palmera canariensis nos habla de tiempos pasados, cuando esta especie arbórea emergía aquí y allá en la tranquilidad de los recónditos jardines y huertecicos del barrio alto de la Magdalena.

Tras la escalera principal que se organizó en el vestíbulo para enlazarlo con la planta alta, se situó la secretaría y unos aseos para el público.

Los investigadores tienen su sala de estudio y lectura en un cuerpo de nave que se abre por un lado al claustro y, por el opuesto, a otro patio que una tapia cierra a la calle Arquillos. Dos núcleos de vestíbulos cortafuegos, con montacargas y escaleras, establecen la comunicación vertical con todos los depósitos de legajos. Por la calle de Los Uribes, donde se abre lo que fue el primitivo acceso al Hospicio, se estableció la entrada de documentos, con andén de descarga a una sala de preparación y clasificación previa de ellos. Fue en este cuerpo o ala de edificación donde, en las obras de la nueva cimentación, encontramos restos de muros de lo que debieron ser las primitivas construcciones islámicas, como lo atestigua un pequeño capitel de mármol, hoy en el Museo Provincial. Tales fábricas antiguas se conservan bajo el forjado de la planta baja, en la cámara de aire que éste creó sobre el nivel natural del terreno.

En un ala de la planta principal del edificio se sitúan seis despachos, de dirección y de trabajo, además de un grupo de aseos para ellos. Y en otras dos, la sala de clasificación y fichado de legajos, talleres de fotografiado, microfilmación y restauración, estando el resto de la planta ocupado por depósito de legajos, al igual que las restantes plantas del inmueble.

*El 25 de octubre de 1984 se aprobaba por el Ministerio de Cultura un Proyecto Reformado por un importe de 19.438.933 pesetas de ejecución material con el fin de completar lo necesario a la edificación, dotando de sistemas de ventilación y de detección de incendios a todos los depósitos de legajos, así como de climatización de algunas áreas comunes de planta baja y principal. Y otro Proyecto Complementario de las obras necesarias realizadas y no contempladas en el proyecto inicial, por un importe de 7.508.259,11 pesetas de ejecución material, era aprobado el 26 de Septiembre de 1985.*

*La recepción provisional de todo este conjunto de obras necesarias para el Archivo Histórico Provincial se llevó a cabo el 5 de Diciembre de 1985, concluyéndose este proceso edificatorio con la recepción definitiva que tuvo lugar en el flamante Archivo el 22 de Mayo de 1987, habiendo sido de 117.618.588 pesetas la cuantía total de la adjudicación de todo lo llevado a cabo con tanto afán y cariño en este tradicional y emblemático edificio de nuestro casco antiguo.*

*En las responsables y cuidadosas manos de su Directora Doña Dolores Torres, mi entrañable amiga Loles, se mantiene hermoso y vivo el Archivo, su Archivo, su vocación más íntima. Y es un verdadero placer para mí el subir al barrio de La Magdalena y traspasar la hermosa portada de la calle Santo Domingo para reencontrarme con la luz y la serenidad de los viejos claustros que un lejano día dibujé.*

Luis Berges terminó su intervención emocionado, como empezó. Abundantes recuerdos le traían estas casas a Luis, que realizó su trabajo más por el corazón que por el escaso presupuesto de las obras. Mucho le debe nuestro Jaén a Luis Berges, y como a tantos otros, los reconocimientos tienen que venirle de fuera, como el Premio Europa Nostra 1985 concedido por la restauración de los Baños Árabes. Algún día en su tierra también le reconocerán oficialmente su labor.

Comentábamos los cofrades la intervención de Luis Berges y también anécdotas de tiempos pasados y, cómo no, el fin de siglo. Un siglo intenso sobre el que Fernando Lorite me anunció la próxima edición de una obra en varios volúmenes con el título *Jaén, un siglo de historia 1900-2000*, basados en un arduo rastreo hemerográfico que viene realizando hace algún tiempo. Sin duda, un libro de consulta obligada para todo aquél que quiera conocer o investigar la historia de Jaén del siglo XX. Otros cofrades comentaban el *Liber Amicorum*, dedicado a Pedro Casañas, que acertadamente había sido incluido en la Crónica de 1998, en la que colaboramos casi todos los cofrades. Esto había turbado a nuestro



Prioste; aunque agradecido, se sentía incómodo y un tanto molesto; algo que no es de extrañar en una persona como él, tan poco dada a recibir homenajes y, por el contrario, a darlos a los demás.



## Del vino y el postre que no hubo en la mesa por causas mayores

Año tras año, Antonio Molina Fernández se esfuerza en adecentar la *Cena Jocosa* lo mejor posible, y a fe que lo consigue, pese a las dificultades añadidas que supone el realizar estos eventos en lugares no adaptados para ello. Mucha paciencia tiene Antonio Molina con estos «cofrades caprichosos» que se obstinan en cenar en caserías aisladas, casas solariegas, palacios históricos y demás lugares a los que hay que desplazar todo un avituallamiento que es más de intendencia militar que de ejercicio hostelero. Hay que agradecer este esfuerzo a Antonio, además del interés que pone en que la cena sea toda de productos de nuestra tierra, aunque el vino –de gran calidad– no saliese de las cepas de Jaén. Pero es cada día más difícil encontrar vino de nuestra tierra, ese vino que probó Francisco de Quevedo a su paso por la provincia de Jaén en el siglo XVII, que deleitó los paladares cortesanos y hacía exclamar aquellas palabras que recogió en su obra: *Dijo la rana al mosquito desde una tinaja: más quiero morir en el vino que vivir en el agua...*

El vino de Jaén siempre tuvo que soportar una dura competencia con los vinos de Cabra, Baena, Lucena (Córdoba) y Casabermeja (Málaga), de la que solía salir airosa la *uva de Jaén*, marchamo de calidad que unido al de los vinos de Torredelcampo, Lopera, Alcalá la Real, Andújar y Torreperogil, hacían frente común en la viticultura de este reino. Luego llegó el *Oidium*, plaga también conocida como eflorescencia y cenicilla. Se conoció por primera vez en Europa en 1845, y entre 1848 y 1851 se había extendió por Inglaterra, Francia y otros países. Al Norte de España llegó en 1853 y un año después ya estaba en el Sur. Para luchar contra él, la Junta de Agricultura de la provincia repartió ejemplares del libro de Antonio Blanco Fernández, *Del Oidium Túkeri y del azufrado de las vides*, dando a conocer las formas de lucha contra la plaga.

Apenas se habían repuesto nuestras vides del *Oidium* cuando la más terrible de las plagas que ha conocido la viticultura asoló la provincia: la Filoxera. En España apareció en 1877, simultáneamente en el Ampurdán y Málaga, extendiéndose por el Sur de la Península. Esta era

una plaga que atacaba subrepticamente, pues el primer año no se observaba nada en el exterior de la vid, pero sí en las raíces. A partir del segundo año es cuando las vides mostraban los síntomas de enfermedad, con racimos y sarmientos descoloridos. El tercer año se secaban las hojas más pequeñas y se atrofiaban los sarmientos. Y el cuarto, las vides aparecían completamente secas. Por más que las autoridades intentaron contener la plaga con diversas leyes preventivas poco se pudo hacer. En 1878 se dictó la Real Orden de 15 de marzo, que prevenía a los gobernadores civiles medidas para su control. Por ley de 30 de julio de 1878, se creó en Madrid una Comisión Central de Defensa contra la Filoxera, mandando establecer otras en las provincias vitícolas, así como la realización de un repartimiento con destino a la defensa contra esta plaga, financiado por los propietarios de viñas. En 1879 a Jaén capital le correspondió pagar 134 pesetas y 55 céntimos. En este último año, a instancias de la Comisión Central de Defensa contra la Filoxera, la Diputación Provincial envió a Málaga un representante científico para estudiarla. Otras disposiciones en defensa de esta plaga fueron el Real Decreto de 21 de julio de 1879, creando tres estaciones antifiloxéricas, donde debían ensayarse medios para evitarla; la R. O. de 12 de junio de 1882, adoptando medidas y disposiciones para aminorar sus estragos, entre las que destacaban el uso de sulfuro de carbono, que el gobierno facilitaba a precio de coste a los agricultores; la ley de 27 de julio de 1883; la Real Orden de 14 de noviembre de 1883, reorganizando la Comisión Central para la Defensa de la Filoxera; y la ley de 18 de junio de 1885, declarando calamidad pública la plaga, establecía nuevas comisiones centrales de defensa y dictaba otras disposiciones de control. En esta última ley destacaba el artículo 10, que recomendaba la reconstrucción de los viñedos con barbados, sarmientos o semillas de vides resistentes a la Filoxera; y el artículo 12, con la creación de un fondo nacional financiado por los propietarios de viñedos que aún no habían perdido sus vides. En la Real Orden de 8 de junio de 1888 se hace alusión a la gran propagación de la plaga. Por el Real Decreto de 21 de agosto de ese mismo año se organizó un sistema de defensa contra la Filoxera y ordenaba crear dos escuelas de Ampelografía americana con el fin de estudiar el resultado de la hibridación de las vides indígenas con las americanas, las condiciones de cultivo y producción de éstas, y la fabricación de vinos con las nuevas variedades.

A la provincia de Jaén, la Filoxera llegó más tarde. En el mes de abril de 1891, el Gobernador Civil de la provincia Joaquín García Espinosa anunciaba que la plaga se extendía por la limítrofe provincia de Córdoba, sobre todo en los pueblos de Priego, Almedilla, Baena y Luque, y se acercaba peligrosamente a la provincia de Jaén. Aconsejaba las

medidas dictadas en la ley de 18 de junio de 1885 y la colaboración de todas las autoridades, corporaciones y particulares para poner en práctica las medida antifiloxéricas en el momento que la plaga penetrase, además de exponer su preocupación, pues «*si el terrible pulgón va invadiendo las provincias y ensanchando su obra devastadora, llegará el día en que la más rica joya de nuestra agricultura patria desaparezca*». Un año después, la plaga ya había llegado a los pueblos jaeneses de Alcaudete y Alcalá la Real y continuaba extendiéndose. La Diputación Provincial y el Gobierno Civil no hacían más que difundir y recomendar la apretada legislación existente en la materia, sin que nada pudiera detener su marcha. Finalmente, la ley de Plagas del Campo de 21 de mayo de 1908 y, especialmente, la Real Orden de 31 de diciembre de 1910, supusieron la claudicación del viñedo tradicional y la adopción de medidas para la repoblación de las vides destruidas por la Filoxera. Nuevas cepas se levantaron en el siglo XX, pero ya nada volvió a ser igual. Sólo algunos vinos, como el de Torreperogil, conservaron en alto el pendón vinícola del reino, los demás mantuvieron un consumo familiar en escasas viñas, completado con la importación creciente.

Ya nada queda de aquellas antiguas ordenanzas que protegían las viñas de Jaén y la calidad del vino que se consumía en la ciudad en siglos pasados, salido de las viñas que cubrían las laderas de los montes de Almodóvar, Zumeles, Peña Celada, Peñas de Castro, Portichuelo, Cuesta Negra y tantos otros. Todavía hoy, en oscuros rincones de nuestra sierra existen algunas cepas que agricultores sibaritas se afanan en mantener para consumo propio. Dichosos éstos que aún pueden saborear el *vino del país*, aunque sea de cepa americana.

También ya hace años que no se saborean típicos postres jaeneses de viejas recetas basadas en la nieve. En un pueblo cercano, como es Cambil, que hasta 1558 formó parte del alfoz de la ciudad de Jaén, todavía recuerdan una de ellas: el aguacebá, consistente en: *un cuarto de cebada, cincuenta gramos de avellanas o cacahuetes sin sal y una rama de canela. Se tuesta conjuntamente y una vez frío se muele hasta quedar como la harina, echándose en un recipiente con tres litros de agua. Después de reposado durante tres horas se cuela por un tamiz y al líquido restante se añade azúcar al gusto y un poco de canela molida, se somete a congelación y cuando está granizado habrá alcanzado el punto más propicio para su consumo.*

El postre tenía un sabor especial, porque la nieve de Jaén también lo era. Existen en las proximidades de la ciudad altas cumbres que servían de neveros naturales desde la antigüedad. Tales son el Almadén (2.032 m.), Mágina (2.167 m.), La Pandera (1.845 m.) y Sierra Mágina (2.014 m.),

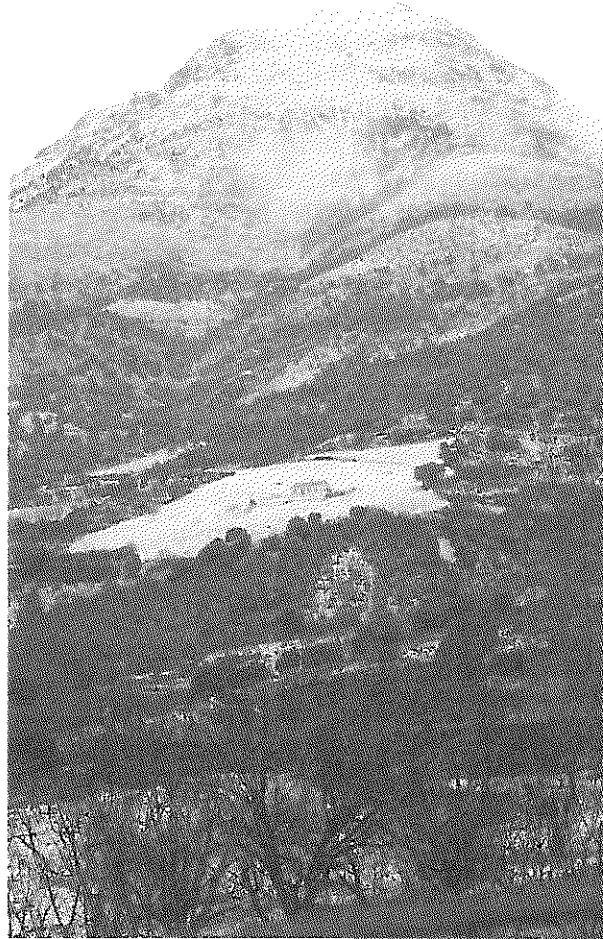
que permanecen nevados durante la gran parte del año. Estas características físicas hicieron del aprovechamiento de la nieve una actividad histórica en la comarca. En el caso del Almadén, su actividad nevera es evidente, en cuanto su topónimo árabe (*al-madín*) y su traducción por «la mina» tiene sentido si interpretamos este topónimo como perforación en el suelo, como es el caso de los pozos realizados desde hace siglos en las proximidades del pico para almacenar la nieve. Además de su uso gastronómico, la nieve también era considerada un producto de primera necesidad, no tanto por su utilización como conservante de alimentos —carne y pescado—, como por sus funciones medicinales: antipiréticas, antiinflamatorias, antiálgicas y antihemorrágicas.

La importancia de la nieve en el pasado queda plasmada en diferentes obras de los siglos XVI y XVII, entre los que destacan Francisco Micon con su obra *Alivio de sedientos, en el cual se trata de la necesidad que tenemos de beber frío y refrescado con nieve, y las condiciones que para esto son menester, y cuales cuperos lo pueden libremente soportar*, Barcelona, 1576; Francisco Franco, con su *Tratado de la nieve y del uso de ella*, Sevilla, 1569; Nicolás Monardes, *Libro que trata de la nieve y de sus propiedades, y del modo que se ha de tener en el beber enfriado con ella: y de los otros modos que ay de enfriar*. Sevilla, 1574; Juan Carvajal, *Utilidades de la nieve*; Juan Gutiérrez de Godoy, *Questio medica practica de ministranda aqua nive refrigerata agosto die expurgationibus*; Alonso de Burgos, *Methodo curativo y uso de la nieve, en que se declara y prueba la obligación que tienen los médicos de dar a los purgados agua de nieve, con las condiciones y requisitos que se dirá*, 1640; Miguel Fernández de la Peña, *Breve apología y nuevo discurso del método que se debe observar, reprobando el agua de nieve, en día de purga*, Granada, 1641; Isidro Pérez Merino, *Breve antipología al discurso nuevo del doctor Miguel Fernández de la Peña. Methodo verdadero del uso del agua de nieve en día de purga*, Jaén, 1641; etc. Fue a partir de la difusión de las obras de medicina del Renacimiento por la imprenta cuando la nieve adquiere mayor importancia, en base al uso de la crioterapia y la concepción filosófico-médica procedente de la antigüedad de que el hombre está compuesto de los elementos tierra, aire, agua y fuego, y regulado su equilibrio por las cualidades húmedo, seco, frío y cálido; siendo las enfermedades un desequilibrio entre los humores.

La cultura de la nieve, el hecho de almacenarla en forma de hielo para reutilizarla durante el verano, es antiquísima. En casi todas las poblaciones de la Península con clima continental existían pozos de nieve para el abasto de la población, a veces allí almacenada tras ser transportada desde lugares de sierra más elevados, conocidos como «neveras municipales». Pero en el valle del Guadalquivir, por su climato-

logía, el abastecimiento era más difícil; había que ubicar los pozos en las cumbres de las montañas que sufrían periódicas nevadas. Esta tradición secular se vio amenazada a partir de 1870, cuando el comercio de la nieve inició un lento declive, debido a la invención de las primeras máquinas productoras de hielo por el ingeniero francés Tellier.

La ciudad de Jaén se abastecía de nieve de pozos propios en La Pandera y Sierra Mágina (término de Mata Begid) y protegía el abastecimiento prohibiendo sacar nieve para otras ciudades sin previa licencia, con el fin de que no escasease en la ciudad o subiera su precio. Tuvo también la ciudad que defender sus derechos de propiedad frente a las villas vecinas tras su independencia de la ciudad de Jaén, como Valdepeñas en 1614 y Sierra Mágina en 1640. Córdoba solía abastecerse de la nieve de La Pandera, tanto de los propios de la



ciudad como de la villa de Valdepeñas, y en las épocas que escaseaba en estos lugares lo hacía de Sierra Mágina, como en 1604 y 1694 en que se abasteció de Bedmar y Albanchez. Y es que la nieve alcanzaba un alto valor, que variaba según las poblaciones, pues se incrementaba proporcionalmente a la distancia de las neverías. De ahí que el precio de la nieve fuese tres veces superior en la ciudad de Córdoba que en la de Jaén.

La nieve, como producto de pozos propios municipales, constituía un aprovechamiento regulado por la ciudad de Jaén y diversos municipios cuyos términos comprendían parte de las alturas de La Pandera, Almadén, Mágina o Sierra Mágina, donde existían una serie de pozos, simas o ventisqueros donde era almacenada para su aprovechamiento en los meses de estío. Tales eran los pueblos de Valdepeñas, Albanchez, Bedmar, Torres, Pegalajar, Cambil y Huelma.

El almacenaje de la nieve solía hacerse en pozos y ventisqueros. Constituyen parte de nuestro patrimonio histórico-cultural, forman parte de una arquitectura rural y del paisaje de montaña de las Sierras de la Pandera y Mágina y, como tales, elementos dignos de protección. Los pozos solían ser circulares, variables en diámetro y fondo, entre los 6 y 14 metros de diámetro y varios metros de profundidad. En algunas ocasiones, para darle más cabida, a veces se levantaba un muro alrededor del perímetro del pozo; en otros lugares el pozo se cubría con una bóveda semiesférica, abierta en su parte superior. Según Juan Infante, en Valdepeñas existen dos pozos de pequeño diámetro, 2,5 m., en el paraje de Ventisqueros, a 1.700 metros de altitud; tres pozos entre 20 y 30 metros de diámetro en el paraje de Cornicabra, a 1.600 m. de altitud; dos pozos de un diámetro superior a los 50 m. y 1.400 metros de altitud en el Marroquí; y otros tres pozos en La Pandera, en el término de los Villares. Todos estos pozos se construyeron aprovechando el terreno, con forma de cono invertido y tres o cuatro metros de profundidad. Además de los pozos, la nieve se almacenaba en simas o ventisqueros, aprovechando estos lugares naturales, generalmente de mayor cabida, pero de más difícil conservación.

En el Almadén existen ocho pozos con un diámetro entre seis y catorce metros, y una profundidad aún por estimar, puesto que tras casi un siglo sin utilizarse hoy están aterrados. Se sabe de otros que fueron destruidos por la construcción de la carretera que lleva la cumbre del Almadén. Los pozos buscaban su ubicación en las zonas de umbría, para evitar la acción directa de los rayos del Sol. Siete de ellos se encuentran ubicados en ladera Norte del Almadén (término de Torres) y uno en ladera Oeste (término de Pegalajar). Todos ellos se encuentran entre los 1770 y 1950 metros de altitud.

Cerca del pico Mágina y a mayor altitud que los anteriores existían otros pozos de nieve. Hacia ellos se llegaba a través de un sendero —hoy semiborrado— que desde el puerto de Mata Begid a Cuadros, a la altura de la Peña de Jaén, remontaba la Sierra hasta los mismos pozos; un sendero que en el pasado debió estar muy cuidado para permitir el paso de las caballerías cargadas de nieve. Incluso hoy día aún se puede observar el duro trabajo humano realizado para abrir el sendero entre lapiaces, zonas con rocas acanaladas de difícil travesía, o desniveles que exigían la elaboración de hormas de piedra. La lenta ascensión permite conocer el gran contraste de los distintos niveles de paisaje y la especificidad del relieve. Parte el sendero desde la vegetación arbórea formada por bosque de encinas, quejigos, enebros, cornicabras y otras especies de Mata Begid, abriéndose paso en un relieve abrupto entre espinares, piornos, madresevas, etc., hasta llegar a la cumbre, donde la

dura climatología impone una vegetación con sabinas, enebros rastreros y otras formaciones vegetales, como la endémica Arenaria, que envuelve la superficie rocosa.

Éste era el mismo camino que, tras enlazar desde otro proveniente de Albánchez, utilizaban los neveros y sus caballerías. Los pozos están situados entre los 2.000 y 2140 metros. Todos, excepto los de Mata Begid (Cambil), ubicados en una zona conocida como la Sima de Mágina, lugar de abundantes dolinas. El estado de conservación es similar a los del Almadén, aterrados por el paso del tiempo y la erosión, aunque aún se puede distinguir su diámetro perfectamente.

La mayoría de los pozos, ocho, están ubicados en el término de Albánchez, dos en el de Cambil y uno en Huelma. Todos ellos están muy próximos. Un poco más distantes y a menor altitud los de Cambil. Estos últimos están junto al sendero antes descrito, pero fuera de la Sima de Mágina, en un lugar de pendiente, por lo que tuvieron que aterrizar el terreno construyendo hormas de piedra en su parte inferior.

Se dirigían los neveros. Allí trabajaban durante varios días metiendo la nieve con palas y esportillas, tras recogerla de las umbrías y ventisqueros, posteriormente era apisonada hasta que alcanzaba la consistencia del hielo. Una vez el pozo lleno, lo cubrían con ramas de aulaga, o de bálago, que actuaban como aislantes, y se aterraba, lo que permitía que la nieve se conservara hasta la llegada del verano. La zona de recogida de nieve estaba libre de vegetación arbórea y matorral para facilitar la tarea de recolección, que se hacía con espuestas, serones o parihuelas. En el interior del pozo, la nieve solía aislarse de las paredes mediante matorrales y ramas, pisada con los pies y mazos de madera. Ya en la época de calor, abrían los pozos de nieve y extraían el hielo. El transporte a las poblaciones se hacía por dificultosos senderos, de noche para evitar el calor, con recuas de burros y mulos. La nieve iba introducida en aislantes serones, acondicionados con tamo y paja.

En el siglo XIX, los pozos de Sierra Mágina y Sierra Sur (La Pandera) continuaban abasteciendo de nieve tanto a lugares cercanos (Jaén capital) como otros más retirados (Baeza y Úbeda). Según Manuel Amezcua, esta última era una ciudad gran consumidora de nieve, sobre todo de Sierra Mágina y de las sierras de Cazorla y Quesada, que se vendía en la ciudad en puesto particular que solía ser un *botillero*, servicio en monopolio obtenido en subasta pública. Otros lugares mucho más lejanos se abastecían de la nieve de la Pandera, como las ciudades Córdoba y Andújar. En esta última ciudad, en cabildo de 2-julio-1607, el Concejo consideraba las bebidas frías proporcionadas por la nieve como importante medicina para el tratamiento de la enfermedad de *calenturas*

que padecía en los meses de verano de aquel año, de ahí que ofreciese trescientos reales para la persona que abasteciese de nieve la ciudad hasta el mes de noviembre.

Especial importancia tenía también la nieve en las épocas de epidemia de peste, como la de 1649, cuando el Cabildo de Andújar dio facilidades a los expendedores de nieve para que pudiesen venderla a precios más baratos; o como la de 1681, que afectó con virulencia a Baeza y Úbeda, por lo que el alcalde de Bedmar ofreció la nieve entre los artículos para abastecer estas ciudades. En esta última ciudad su precio era, en 1841, de 10 maravedís la libra y era abastecida durante los meses de mayo a septiembre por aquellos pujadores que se quedaban con la subasta. En este año lo fueron Esteban Jiménez, vecino de Valdepeñas, y Francisco García, de Jaén.

En Úbeda, también se realizaba en pública subasta el abastecimiento de nieve. Así, en 1847, las condiciones del arrendamiento eran enviadas a los lugares de Cazorla, Quesada, Bedmar, Albanchez y Jimena. En las condiciones se establecía el precio máximo de la nieve y la obligatoriedad de atender el servicio, salvo que una nube cortase el paso del río, para lo cual el arrendador debía depositar una fianza en el ayuntamiento.

El precio de la nieve era proporcional a la distancia de acarreo. Así en 1809, para Jaén, el precio era de 12 cuartos si la nieve procedía de la Sierra de la Pandera, o 20 cuartos si lo era de Sierra Mágina.

Los ayuntamientos obtenían unos beneficios anuales permanentes por el aprovechamiento de la nieve, que solía subastarse a particulares, los cuales se encargaban de los trabajos de almacenamiento, transporte y venta. La cantidad variaba de unos años a otros. Así vemos que en 1843 se subastó en Torres en 2.000 reales a favor de Manuel López; en Albanchez, donde la mitad de las rentas del aprovechamiento de la nieve le correspondían a la Marquesa de Bedmar, en 1.726 rs. a favor de Victoriano Catena, y en 1844 la subasta fue de 2.340 rs. a favor de Adriano Molina, cantidades semejantes a la media de años anteriores. Estas subastas solían hacerse en los meses de febrero y marzo, aunque a veces el abasto de la nieve se veía dificultado por alteraciones climatológicas como falta de precipitaciones o fuertes vientos que disipaban la nieve de los ventisqueros donde se almacenaba, tal como ocurrió en 1841 en el término de Torres.

Uno de los abastecimientos de nieve más seguro era Sierra Mágina, donde se hallaban los pozos de mayor altitud, como demuestran los hechos ocurridos en 1834. Aquel año, Antonio Cortés, vecino de



Valdepeñas había rematado la subasta de los pozos y ventisqueros de nieve de esta población en 7.500 rs. con la condición de abastecer de ella a la ciudad de Jaén. Como la nieve escaseaba en la Sierra de la Pandera, según el contrato, tenía la «Real Junta» que concederle permiso para obtenerla de otro lugar, por lo que solicitó la autorización correspondiente para realizar el acopio en Sierra Mágina, término del lugar de Mata Begid, perteneciente a los propios de la ciudad de Jaén, aunque esta finca estaban incluida en el término de Cambil. No conociendo los límites pidió una comisión para que los reconociese, presidida por el alcalde 2º Cecilio García, y los delimitase de Albanchez, estableciendo la «Nevería» dentro de aquellos terrenos, y poder acopiar la nieve necesaria en seis pozos, en cuya operación se invirtieron 18 días con 20 operarios.

Una vez conocido este hecho, Juan Ventura, vecino de Torres y arrendador de la nieve de Albanchez, denunció ante la Justicia de Albanchez a Antonio Cortés y otros vecinos de Valdepeñas por haber ocupado y defraudado seis pozos de nieve en Sierra Mágina en *«las inmediaciones del que llaman de Huelma»*. El Ayuntamiento de Albanchez consideró que habían invadido sus propiedades de propios y se ordenó por parte de la Justicia de Albanchez prohibir la extracción de nieve en dichos pozos.

Por su parte, el Ayuntamiento de Jaén, como parte afectada en el conflicto, hizo presente el 14-julio-1834 sus quejas al Gobernador Civil por la actuación del Ayuntamiento de Albanchez ante los conductores de nieve, lo que había provocado que la ciudad de Jaén estuviese desabastecida por dos días, *«tanto más perjudicial en las circunstancias presentes en que los facultativos la consideran como el remedio más eficaz de la enfermedad reinante. Estos procedimientos se presumen originados de intereses y sugeriones particulares y pide el pronto y eficaz remedio que de suyo exigen por el interés que en ello tiene la humanidad doliente y afligida»*. Se refería el Ayuntamiento de Jaén a la terrible epidemia de cólera que estaba produciendo gran mortalidad en la provincia, especialmente en la ciudad de Jaén. El mismo Antonio Cortés, arrendador del abasto de la nieve de la ciudad de Jaén murió este mismo año de 1834, probablemente a causa del cólera, sustituyéndole su viuda en la gestión del aprovechamiento.

Ante tales alegaciones, el Gobernador Civil, el 30-julio-1834, ordenó que *«sin perjuicio del derecho de cada una de las partes que usarán en el judicial según les convenga, el Ayuntamiento de Albanchez no impida la extracción de la nieve a los mismos sugetos que la almacenaron a sus expensas, a reserva de que si concluido el juicio se provere que los pozos o depositos pertenecen a los Propios de Albanchez y no a los de Jaén, se*

*resarciere a los primeros por quien halla lugar de la cantidad que en el mismo juicio se convenga con las demás costas daños y perjuicios que se prueven».*

La larga y penosa vía judicial que propuso el Gobernador Civil no satisfizo en modo alguno al Ayuntamiento de Albánchez, que consciente de su derecho no quería verse burlado en cuestión tan importante, de ahí que hiciese caso omiso a tal orden y extrajera gran parte de la nieve acopiada en estos pozos, por lo que el Ayuntamiento fue multado, su pueblo invadido por una fuerza militar de 50 soldados, a cuyo frente había un capitán que le exigió los 200 ducados de multa más las dietas correspondientes al desplazamiento de los militares. Ante tales hechos el Ayuntamiento de Albánchez formó una comisión con el Alcalde Primero, el Síndico y el Escribano que fueron a la capital para negociar el tema, siendo encarcelados en la ciudad.

Por tales hechos, el Ayuntamiento de Albánchez, con fecha 31-julio-1834, hizo presente ante las autoridades provinciales que al caudal de sus Propios y término jurisdiccional de aquella villa correspondía la Sierra llamada de Mágina por *«adquisición del pueblo fundada en título honeroso desde el tiempo que reynava el SR. d. Felipe 3º»*, posesión que siempre ha conservado y sostenido en competencia con el Ayuntamiento de Jaén y su Junta de Propios. Y manifestó sus quejas por los *«procedimientos y violencias que la Junta Provincial de Sanidad ha usado a pretesto de faltar la nieve para el remedio de los enfermos»*.

En el mes de noviembre, una vez terminada la campaña de nieve de aquel año, el Ayuntamiento de Albánchez continuó en años sucesivos con la posesión de los pozos de nieve y pidió al Gobernador Civil la resolución de este asunto y desagravio de todos los costos, daños y perjuicios que había tenido. Esta última cuestión quedó finalmente en un contencioso en el que, además del Ayuntamiento de Albánchez y el de Jaén, intervino también el apoderado de la Marquesa de Bedmar, por corresponderle a la Marquesa parte del arrendamiento de nieve de Albánchez. Primeramente hubo que llegar a un acuerdo entre la Marquesa y el Ayuntamiento de Albánchez, por alegar aquella la posesión de las dos terceras partes del terreno, que finalmente se saldó con el consentimiento del apoderado de la Marquesa, Roque Correa, de aceptar por mitad el aprovechamiento de la nieve, que se plasmó en una «escritura de transacción» en 1837. El Ayuntamiento de Albánchez estaba *«disfrutando el aprovechamiento de nieve de la sima Hoyos y Ventisqueros de la Sierra de Mágina desde el año 1818 en que se desestancó dicho artículo»*.

Albánchez tenía sus derechos desde la compra *«que de ella izo al rey d. Felipe 4º por cuatrocientos ducados en el año pasado de 1646»*. Un año después, a instancia del entonces Marqués de Bedmar Gaspar de la

Cueva, por considerar que estaba dentro del término de su villa, se anuló la primera escritura por Real Cédula de 16 de abril de 1647 y se dio comisión especial al Alcalde Mayor de Baeza para que le diese posesión a la parte del Marqués.

A través de los litigios sobre estos pozos observamos la importancia que para la población tuvo la nieve en el pasado. Una cultura tradicional, hoy olvidada, consecuencia de la orografía peculiar de nuestra provincia, que, además de las importantes funciones terapéuticas y físicas, ejercía un importante labor en la gastronomía peculiar de Jaén, sobre todo en los veranos, con aquellas bebidas frías y helados que hacían a muchos jaeneses privilegiados sibaritas en el pasado.



### Discurso que Miguel Calvo Morillo leyó a los concurrentes con gotas de fino humor

Con su humor característico, a las doce menos cuarto de la noche, tomó la palabra Miguel Calvo Morillo. Como cada año, su intervención hizo saltar la risa en los cofrades, incluso en los más serios y distraídos. Miguel sabe adaptarse como nadie al adjetivo de la cena y prueba ello son sus palabras:

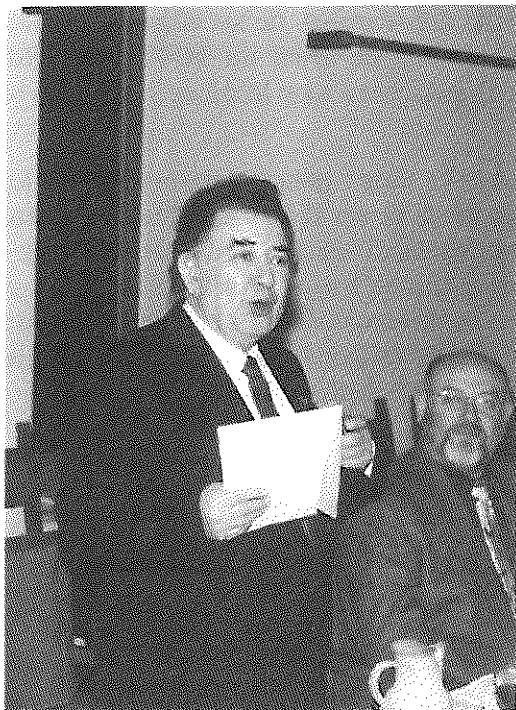
*Relación de nombres para intitular los nuevos bares que se abran en este reino u otros adyacentes. Con el permiso y anuencia de sus respectivos dueños.*

*Por el autodidacta*

*Miguel Calvo Morillo,*

*natural de la famosísima Peña de Martos*

*Venimos observando que, desde la pacificación y unión de las Españas, algo que ahora se pretende trastocar desresconquistando la parte de Península Ibérica que nos toca, obra que fue de los ínclitos Reyes Católicos, toda persona venida a menos, es decir, que se queda sin blanca, (los hay que lo blanquean) pero es industrioso y aseado, éste para salir adelante sin caer en el feo vicio del sablazo o la férula de la subvención estatal, sine qua non, suele con la ayuda bancaria o sin ella, montar un Bar. También lo hacen o hicieron los que en su día fueron emigrantes; empleando sus ahorros en esta clase de negocios, que poco aprendizaje necesita, ya que la mayoría de los españoles frecuentamos varias veces al día estos establecimientos (algunos, con primer perdón) utilizándolos como*



mingitorios, y otros en alegres bebendurrías; confieso que poseo cinco diccionarios sin incluir el del grandioso Alcalá Venceslada, dos de latín y uno de griego, porque, francamente, soy de los que le da mucho a la lengua. Como decía, por la facilidad de aprendizaje, los inopes optan por esta clase de «arate cavate». Ahora bien, todas estas personas vacilan a la hora de bautizar sus establecimientos, o lo hacen con nombres, bien de localidades extranjeras, sin ir más lejos, camino de mi morada cuando tengo que hacer algún asunto no lejos de la Plaza de la Constitución paso junto a los siguientes bares: Miami, California, Casablanca, Venecia, sin contar el Montana o el Zurich o el, para qué seguir,

También son usuales los vocablos de otros idiomas: Die Taube (para el que no sepa alemán, la paloma). Sin señalar, el Jhon Mary y el Frankfurt que se me olvidaba. Hay gusto para todo. Pero como el dinero es de ellos, ellos hacen lo que les parece. Otros utilizan los apodos familiares: Gorrión, Zurito, Mosquito, u oficios: Hortelano, Futbolista, etcétera. Hubo un tiempo de xenofobia y los establecimientos con nombre en otro idioma tuvieron que ser cambiados al hispano hablar de Miguel de Cervantes, no vean, el de Lepanto. Para evitar tal desbarajuste propongo presuntamente (como ahora se dice) una lista de nombres que no están todos los que son pero que haberlos haylos. Y que un día se la entregaré a las autoridades competentes por si consideran mi humilde labor digna de ser aplicada y elevada a rango de ley. Y sin más sobería, a continuación hago relación por orden alfabético de dichas nominaciones:

Para un vasco afincado en el Santo Reino  
 Para individuos camorristas  
 Si son jugadores de cartas arruinados  
 Pescadores de río desde el puente  
 Para los que fueron jefes de algo  
 Del que se arruinó con un chollo de  
 veinte duros

BAR AKALDO  
 BAR AHUNDA  
 BAR AJA o BAR AJANDO  
 BAR ANDILLA  
 BAR ANDA  
 BAR ATIJA o BAR ATILLO

<i>Para los peluqueros que pierden la clientela</i>	BAR BERO o BAR BERÍA
<i>Uno que fue constructor de fortificaciones</i>	BAR BACANA
<i>Un «gourmand», que no «gourmet» de carne asada</i>	BAR BACOA
<i>Del que reza cuando truena</i>	BAR BARA
<i>Un profesor de filología cansado de clases, en el buen sentido de la palabra (con perdón)</i>	BAR BARISMO o BAR BAROLEXÍA
<i>Para los nacidos en centroeuropa</i>	BAR BARO
<i>Un viejo pirata con pata de palo, parche en el ojo, y pendiente en la oreja como símbolo de haber cruzado el Cabo de Buena Esperanza, que ahora se los cuelgan sin haber pisado un barco con calavera y tibias</i>	BAR BARROJA
<i>Para aficionados a ir de gorra</i>	BAR BEAR
<i>Si el tabernero es labrador de secano</i>	BAR BECHO o BAR BECHERA
<i>Para los que tienen cuatro pelos en la barba</i>	BAR BILAMPIÑO
<i>Para el aficionado a los sedantes</i>	BAR BITÚRICO
<i>Si fue lego de la orden la Cartuja</i>	BAR BON
<i>Este era Guardia Civil jubilado</i>	BAR BOQUEJO
<i>Y este hippy arrepentido</i>	BAR BUDO
<i>Un pescador de bajura</i>	BAR CA o BAR QUILLA
<i>Gondolero veneciano afincado en Jaén</i>	BAR CAROLA
<i>Para el transportista de ríos</i>	BAR CAZA
<i>Para los acarreadores de paja desde las eras con narrias o angaripolas (creo que se está demostrando lo de los diccionarios)</i>	BAR CINA
<i>El que vendía libros de cuentas ajustadas</i>	BAR EMOS
<i>Un poeta lírico o histórico, que estaba tieso</i>	BAR DO
<i>Para los ebanistas de marquetería</i>	BAR GUEÑO
<i>Para un devoto de San Nicolás</i>	BAR I
<i>Para el cantante de ópera que perdió la voz</i>	BAR ÍTONO
<i>El viejo lobo de mar le puso</i>	BAR LOVENTO

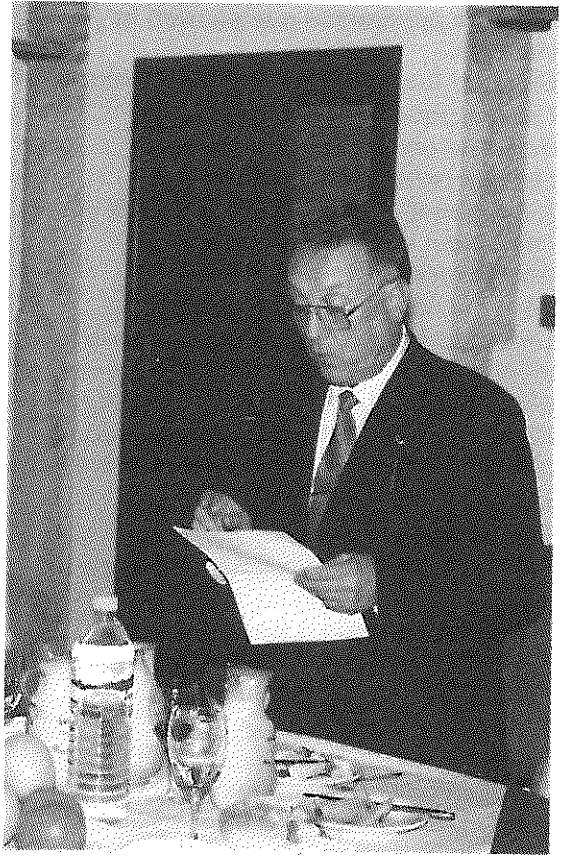


Palabras emocionadas de agradecimiento que ofreció el prioste a los presentes

**E**l discurso de Miguel dio rienda suelta al buen humor de los asistentes, que a estas alturas de la cena ya empezaban a saborear los postres. No pasó mucho tiempo para que una vez más la campanilla hiciera acto de presencia. Era un cuarto de hora después de media noche

cuando nuestro Prioste llamó la atención a los cofrades para dirigirnos emocionado unas palabras que habían salido de lo más profundo de su alma. La Cena iba lentamente acercándose a su fin, y creo que Pedro lo sentía más que ninguno de nosotros al observar cómo otra *Cena Jocosa* se acababa. Con voz entrecortada nos demostró su gratitud y en tono amistoso nos reprendió, pues se sentía incómodo en ese rol. Éstas fueron sus palabras:

*No podía finalizar esta velada sin que me dirigiera de nuevo a los Amigos, a mis Amigos de San Antón, con palabras poco elocuentes pero repletas de gratitud y afecto, por esa demasiada generosidad que habéis tenido al dedicarme ese Liber Amicorum, unido a la Crónica de la Cena del pasado año, como consecuencia de la propuesta que hizo Manuel López Pérez y que junto al Cronista Ángel Aponte Marín habéis llevado a efecto.*



*De forma lacónica podría decirnos simplemente gracias, a fin de no abundar en expresiones que resultarían reiterativas. Sin embargo quiero agradecer esta gentileza en tono un tanto festivo pues festivos son estos actos. Para ello quiero valerme de algún remedo, imitación, calco o refrito, incluso de algún ripio que es a lo que podemos aspirar los que no estamos dotados de la más leve vena poética, ni la inspiración suficiente para versificar unas palabras de gratitud, que es lo que pretendo hacer.*

*Entiendo que habéis regalado mucho para quien tan poco puede dar. De corazón os digo que esto no era preciso, ya que me siento continuamente homenajeado haciendo lo que hago, dedicado plenamente a estas tareas. O acaso, ¿no es una dicha trabajar, laborar, dedicarse a lo que a uno le satisface y siente verdadera dicha al hacerlo?, ¿no es un gozo —que no una gozada cómo tan afectadamente se dice ahora— el ver el alumbramiento de un nuevo número de Senda de los Huertos?, ¿no es*

*satisfactorio y gratificante ver repleta de público la estancia alta del Arco de San Lorenzo en nuestros actos?, ¿no son un delirio —un tocinillo de cielo diría yo— cada una de estas Cenas? y, no es hermosa la fraternal amistad que existe entre los miembros de nuestra Asociación? Amigos, son tantas cosas, tantas satisfacciones las que se experimentan que se siente uno colmado de dicha.*

*Por todo lo que habéis hecho, os reflejo mi estado de ánimo en estos como digo antes remedos o calcos, imitando una expresión cervantina:*

*Nunca fuera persona alguna  
de sus amigos tan bien servido,  
como lo ha sido quien os habla  
de tantos honores distinguido.*

*Y abundando en que no debíais haber hecho este homenaje y ante razonamientos expuestos, he compuesto una décima, refrito naturalmente, de una que de boca en boca corría por los mentideros de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII, referida al inefable don Leopoldo de Gregorio, Marqués de Esquilache:*

*Yo, Pedro de Jaén requiero  
a todo este gran conjunto,  
para decirles que este asunto  
resulta para mí un quemadero;  
y como soy de todos compañero  
por esta décima os informo,  
que honores causan trastorno  
y que llevo unos días en vilo,  
y si queréis tenerme tranquilo  
decidme, está bien, y me conformo.*

*Y no es preciso más, sinceramente os lo digo. Con una palmadita en la espalda y una sincera sonrisa de asentimiento, ¿qué más se puede pedir? Pues sólo eso quiero y contar con todos para seguir llevando adelante nuestras inquietudes, esos afanes que la Asociación propicia y en los que estamos comprometidos.*

*Ahora, echando mano de la contestación que hacía el Maestre don Rodrigo, en las coplas que en su memoria compusiera su hijo, la he refrito de esta manera:*

*No gastemos tiempo ya  
en esta que me dais golosina,  
de tal modo  
que mi sentir está  
disconforme de tal medicina*

*en todo,  
pues sólo consiento en servir  
con voluntad placentera  
entera y pura,  
y querer con vosotros compartir  
esta empresa aventurera  
que no es locura.*

*Al reiteraros mi gratitud, habréis de comprender que ni soy tan acreedor a ello como decís, ni me siento muy agusto con esta demostración tan grande de afecto que me dais, pero eso sí, entresaco de todo ello como ramillete precioso, la limpia y fraternal amistad que nos une a todos.*

*Y concluyo ya, pues hora va siendo de hacerlo, leyéndoos unos breves y malos rípios que he compuesto, en los que con sinceridad de corazón se expresa el sentir de este de verdad amigo vuestro:*

*Os digo a fuer de verdad  
y con sinceridad os comento,  
que estoy sonrojo y violento  
por tanto asistencia y bondad.*

*Y no está uno para sonrojos  
que los colores ya se apagan  
y las cosas que a uno alagan  
pueden revertir en enojos.*

*De honores, me habéis colmado,  
los elogios, me han confundido,  
por la emoción, estoy oprimido  
por vuestro cariño, anonadado.*

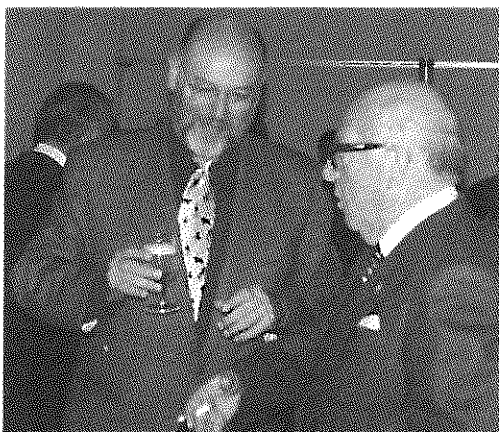
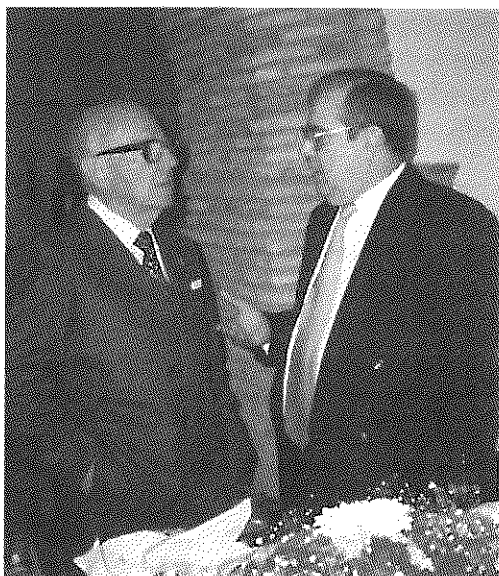
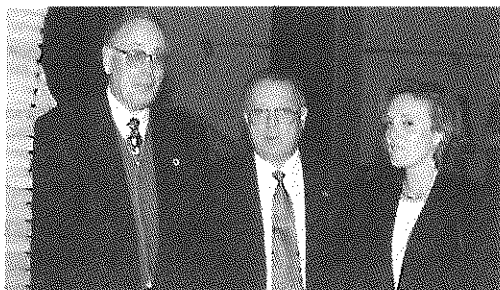
*Con toda veracidad manifiesto  
que esto ha sido un derroche,  
y por ello os hago reproche  
pues todo empacho es indigesto.*

*Cuanta dicha, ventura y honor,  
¿por qué mis amigos tanto ofrendo,  
sí la dicha ya la tengo siendo  
de un gran Criado interlocutor?*

*Por favor:*

*Dejadme quieto en el envés  
y que cesen elogios tamaños,  
sólo quiero ser por muchos años  
vuestro Criado Portugués.*

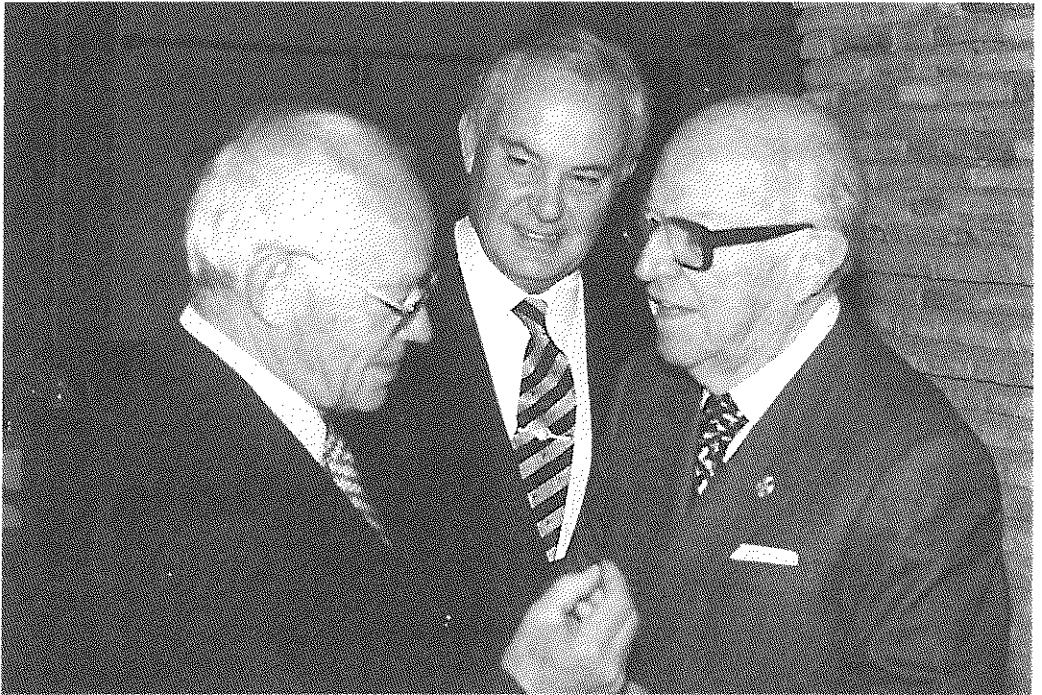




## FINAL DE LA CENA

Con las palabras del Prioste, la Cena llegó a su fin. Haciendo una recapitulación me preguntaba: ¿Por qué el tiempo pasa tan deprisa en esta noche?, ¿Qué estímulo hace que en mi mente surjan multitud de imágenes durante la Cena?, ¿Por qué es tan diferente esta noche a las del resto del año?, ¿Qué «magia» hay en el entorno que casi se puede palpar?,... No sabría encontrar respuesta cierta a tales preguntas. Quizás la hermandad que nos une a todos los amigos de San Antón, el edificio que nos albergaba, el común amor a Jaén,... o el encanto de esta noche especial, por Santa Catalina, cuyas raíces en Jaén ahondan en los siglos, pues ya había mozarabes jaeneses que celebraban su fiesta antes que el fundamentalismo almorávide impusiera por la fuerza la uniformidad islámica en la ciudad.

Finalmente y como es habitual, el himno de la ciudad volvió a cerrar el acto de otra Cena Jocosa más, que los cofrades cantamos –o escuchamos– con gran respeto pese –como dice Juan Eslava– a la letra fea que tiene. Tras colocarse sus abrigo y bufandas, y sin olvidar la rotulada jarra de vino que a profeso es para el recuerdo, fueron despidiéndose y

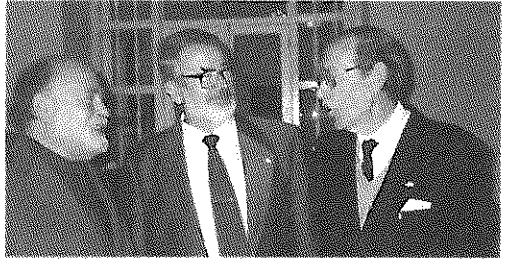
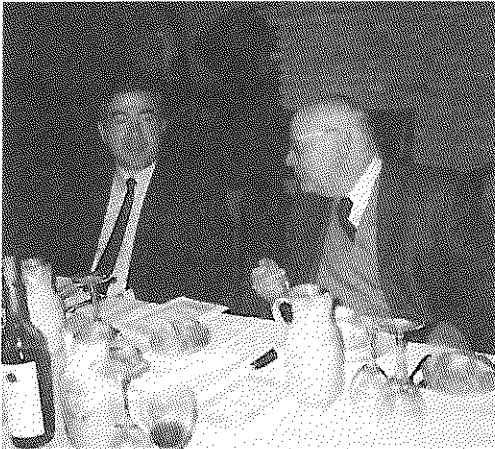
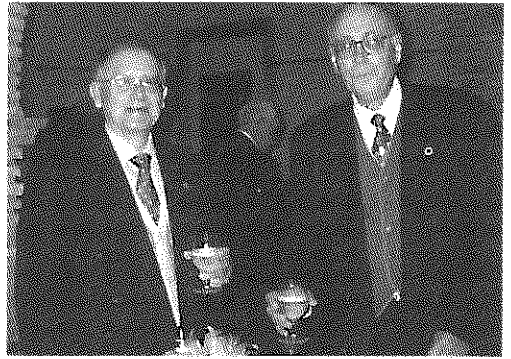


saliendo por la puerta los cofrades de honor, camino de sus moradas; mientras que los de número nos quedamos los últimos, pues queríamos remendar el desaguisado de sillas y mesas que habíamos montado. En un santiamén todo volvió a su primitivo estado. Nos despedimos unos de otros, felicitándonos por el desarrollo de la Cena, y quedábamos en espera de recibir el próximo año la carta del Criado Portugués.



Hora prudente era cuando dejamos el antiguo convento, devolviendo el sosiego a sus estancias. No sé si todo quedó en su primitivo estado. Pusimos todo nuestro afán en que así fuera, que en nada se notara nuestro paso por el «convento», cual gentes que en la noche llegaron y por el día desaparecieron sin dejar rastro. Pero, sin duda, es difícil no molestar en casa ajena. Por ello, como cronista de esta Cena, no puedo menos que agradecer en nombre de todos los amigos de San Antón la amabilidad con que se nos acogió, y disculpar las incomodidades que a nuestros anfitriones pudo provocar tal trasiego.

Al salir a la calle la puerta del «convento» se cerró y con ella mi tiempo de cronista. Me llevaba una libreta repleta de notas que más tarde había de ordenar para ser fiel a la realidad. Si alguna cosa no ha aparecido reflejada no ha sido por dejadez de este «notario», que ha puesto su mayor interés en dar fe de todo aquello que vio y oyó con la escrupulosidad del escribano que cobra por folio escrito.



# Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa de 1999



De lo que por falta de tiempo, no pudieron decir  
tres Amigos de San Antón, en el transcurso de esta Cena:  
Manuel López Pérez, Ángel Aponte Marín  
y Antonio Martos García



## Don Melchor Lamana, in memoriam

---

MANUEL LÓPEZ PÉREZ



La circunstancia de lugar y ambiente en que se celebra la Cena Jocosa de 1999 me llevan a evocar la figura de un benemérito archivero, cuya ánima me imagino debe andar revoloteando por esta casa con el deseo de saludar cumplidamente a muchos de los que aquí estamos. Me refiero a don Melchor Lamana Navasqués (1900-1967), primer director del Archivo Histórico Provincial, al que tanto debemos quienes en Jaén somos adeptos al raro vicio de curiosear entre los protocolos notariales.

Para entender la personalidad de don Melchor Lamana es preciso comprender primero como andaba Jaén, en materia de archivos y bibliotecas un lejano mes de junio de 1954, fecha de su llegada a esta ciudad.

Aunque lógicamente, en Jaén siempre hubo archivos y bibliotecas desde la más remota antigüedad, tales centros, aparte de ser escasos, no tenían el carácter público con que hoy los disfrutamos. Ligados a entidades eclesiásticas y oficiales, los archivos tenían una función esencialmente jurídico-administrativa y por propio contenido estaban celosamente vedados a consultas indiscretas. Y las bibliotecas, asociadas a tareas de estudio y formación, eran escasamente frecuentadas, pues pocos eran los privilegiados que tenían la oportunidad de acceder a estudios medios y superiores.

Los primeros intentos para la apertura de biblioteca pública en Jaén están asociados a la creación en 1786 de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y los impulsó su secretario don Juan Nepomuceno Lozano y López, un inquieto ilustrado catedrático de los Reales Estudios, que por su práctica docente era consciente de la enorme importancia que una biblioteca pública tiene en la dinamización cultural de los pueblos.

Don Juan Nepomuceno hizo algunos tímidos intentos al respecto y más tarde, aprovechando el revoltillo que se organizó en 1810 cuando José I decidió suprimir los conventos de religiosos, recogió cuantos libros hubo a mano en las librerías de los conventos y con ellos montó una surtida biblioteca en la sede de los Reales Estudios, sita en la Calle de la Compañía, en la casa que había sido de los P.P. Jesuitas.

Esa misma táctica es la que se va a emplear tras la Desamortización de 1835, cuando al producirse el ya definitivo cierre y extinción de las casas de los clérigos regulares, el Gobierno de la Nación dispone que se recojan los libros de sus bibliotecas y con ellos se formen bibliotecas públicas.

En Jaén esa tarea se hizo tarde y mal. Lo que originó la pérdida de un valioso tesoro bibliográfico. Aun así, en 1844 la Comisión Provincial de Monumentos consiguió recuperar algunos fondos y con ellos abrió, en el viejo edificio de «La Compañía», donde a la sazón se instalaba un novedoso Instituto Provincial de 2ª Enseñanza, una biblioteca pública que por el momento quedó anexa en su régimen y funcionamiento al propio Instituto.

Casi a la vez, el renombrado Casino Primitivo decide en 1845 abrir una biblioteca de carácter semi-público. Lo que a su vez impulsa a la Real Sociedad Económica a crear también una biblioteca pública, que alcanza su máximo esplendor en 1862, fecha en que esa benemérita institución convencida de la necesidad de no desperdigar esfuerzos, abandera un movimiento de opinión que insiste una y otra vez en la necesidad de crear en Jaén una auténtica biblioteca pública, dependiente del Estado, con presupuesto y personal propio y con la única misión de fomentar el interés por la lectura y crear un fondo bibliográfico en permanente actualización, que hiciera posible el acceso a los libros a todo el que lo desease. Esos proyectos los va a difundir, con cierto eco el periódico local JAÉN, que en los años de 1882 y 1883 intentará crear un estado favorable de opinión, comprometiendo a nuestros hombres públicos a dar satisfacción a este deseo cotidiano.

Fruto de este largo proceso es la creación en 1896 de la Biblioteca Pública Provincial, que se inicia con el fondo de la popular «Biblioteca del Instituto» y que va a quedar ya bajo la dependencia técnica del Cuerpo de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos. Su primer director sería el giennense don José Fiestas Rodríguez (1868-1951).

No era pues muy halagüeño el panorama de los archivos y bibliotecas giennenses en aquellos años de entresiglos. Existía un riquísimo archivo catedralicio, de muy difícil acceso público. Basta leer el párrafo que don Francisco Pi y Margall le dedica en el capítulo dedicado a Jaén en sus populares *Recuerdos y Bellezas de España*, para entender cual era la función que prestaba este archivo. Había, con su correspondiente archivero titular, un Archivo Municipal cuyos riquísimos fondos permanecían vírgenes a la investigación, ya que primaba en este archivo el servicio práctico, inmediato y administrativo. No menos ricos y sugerentes eran los archivos el servicio de protocolos o el de la Delegación de



Hacienda. Pero ambos, como los de otras instituciones públicas, no pasaban de ser auténticos depósitos de «papeles viejos», siempre cerrados a cal y canto y bien clausurados con la llave del desprecio.

El tesón y la insistencia de don Alfredo Cazabán Laguna, que en aquellos años iniciaba su fecunda actividad cultural, motivó unos primeros intentos serios para poner en servicio los archivos que don Alfredo consideraba básicos: el Diocesano, el Catedralicio, el de Protocolos y el de Hacienda. A tal efecto, incluso el propio don Alfredo con su voluntarismo característico inició algunas labores de ordenación y clasificación.

Por lo que respecta a las bibliotecas la situación llegó a ser más favorable. La Biblioteca Pública quedó perfectamente organizada, con unas instalaciones dignas y con un fondo en creciente progresión. Comenzó a tomar cuerpo la excelente biblioteca del Seminario Diocesano; la del Casino Primitivo mejoró sensiblemente sus instalaciones, e incluso añadió una sección de «Biblioteca Giennense», por iniciativa del médico don Bernabé Soriano y en el Casino de Artesanos se creó otra biblioteca que pronto sería de las más concurridas.

Todas estas actuaciones culminarían con el nombramiento de un archivero, don José Montoto para el Archivo de Hacienda, con el cometido añadido de iniciar la organización del Archivo de Protocolos. Y en 1919, al cesar don José Fiestas en la Biblioteca Pública por traslado a Granada, se designa a don José Lasso y Jiménez Plácer como archivero-bibliotecario de Jaén. Su actividad fue muy breve, pues en 1920 accede al puesto el ilustre giennense don Antonio Alcalá Venceslada que iniciaría su actuación promoviendo sensibles reformas en la Biblioteca Pública que experimentó notorias mejoras en sus instalaciones y servicios.

Sin embargo don Antonio Alcalá no prestó tanto interés a los archivos, quizás por comprobar la nula presencia de usuarios.

Sería, una vez más, don Alfredo Cazabán quien insistiría aquí y allá para llamar la atención sobre la necesidad de poner los archivos al servicio público. Fruto de su insistencia fue la consecución, tras un acuerdo inicial entre el alcalde de Jaén don Juan Pancorbo y el notario don Lázaro Lázaro Junquera, de un local para reunir el fondo de protocolos notariales creando así el embrión del Archivo Histórico Provincial en 1930, fecha en que el Ayuntamiento habilitó unas salas en el viejo edificio de «El Cuartelillo», en la calle Pilar de la Imprenta, para recoger los protocolos notariales hasta entonces apilados en una sala de los bajos del Ayuntamiento.

Y se consiguió que entre los primeros catorce Archivos Históricos Provinciales que se crearon, figurase el de Jaén.

Pero la cosa no pasó de intento. La muerte del cronista Cazabán, las conmociones de la II República y la tragedia de la Guerra Civil, motivaron que aquel Archivo se quedase sólo en un ilusionado proyecto totalmente cubierto por el polvo del olvido. Situación que persistió a lo largo de todo el decenio 1940-1950 en que don Antonio Alcalá siguió más entregado a la Biblioteca que al Archivo.

Al crearse en 1950 el Instituto de Estudios Giennenses, de cuya sección de Historia se hizo cargo don José Antonio de Bonilla y Mir, una de las primeras acciones que se emprendieron fue la recuperación del codiciado Fuero de Iznatoraf, que por extraños caminos había acabado en el Ayuntamiento de Granada tras las tareas de «recuperación» efectuadas en la provincia por el Servicio de Protección y Recuperación del Tesoro Artístico. Entre don José Antonio Bonilla y don Luis González López se movieron infinidad de papeles e influencias para conseguir que el Fuero retornara a Jaén. Y en Granada se alegó, como argumento hábil, que en Jaén no podía estar el Fuero pues no existía un archivo estatal que garantizase su custodia y conservación.

Fue con ese acicate, con el que don José Antonio Bonilla concentró todos sus esfuerzos, encauzados desde la Diputación Provincial y el Instituto de Estudios Giennenses, en hacer realidad aquel Archivo Histórico Provincial, que había creado sobre el papel y que jamás había funcionado.

Tras no poca insistencia, consiguió que el Ayuntamiento arrendara una casa en el número 5 de la calle Julio Ángel, que la adecentara con unas obras mínimas y que con presupuesto exiguo se la dotara de un mobiliario, que habría que calificar entre rústico, espartano y la franciscana pobreza.

Y bajo su personal control, con una renqueante camioneta que tuvo que dar siete viajes se trasladaron desde el húmedo y ruinoso depósito de Pilar de la Imprenta, los 2.469 tomos de protocolos notariales que allí había almacenados y algunas cajas de papeles almacenados en promiscuo revoltillo.

A su vez consiguió que el Instituto de Estudios Giennenses creara unas becas que hicieran posible el ir convirtiendo aquel rimerero de papeles en un auténtico archivo. Los becarios, que se gratificaban con una mísera soldada, debían trabajar bajo unas duras condiciones cuatro horas diarias de tarea, elaboración periódica de informes, unas condiciones ambientales pésimas y sin más medios técnicos que cuartillas, pluma y tintero, carpetas de balduque, ovillos de cordel, engrudo... y poco más.

Con su característica insistencia, don José Antonio Bonilla consiguió que Alcalá Venceslada accediera a salir de la Biblioteca y bajara al

Archivo para iniciar a los becarios en su ardua misión. Lo que hicieron aquellos animosos becarios –Manuel Porlán, Francisco Alcalá y M<sup>a</sup> Dolores Lope Campos– fue una tarea auténticamente heroica e impagable. A fuerza de paciencia y laboriosidad consiguieron establecer una mínima ordenación para aquel fondo inicial que estaba compuesto por los protocolos notariales del distrito de Jaén (Fuerte del Rey, Los Villares, Torredelcampo, La Guardia y la capital) y Andújar (Arjona, Arjonilla, La Higuera, Mengíbar, Marmolejo, Villanueva de la Reina y Andújar).

Paralelamente el señor Bonilla y Mir trabajó en una doble dirección. De un lado removió obstáculos y resistencias y fue trasladando a Jaén los protocolos de otras notarias desperdigadas en los pueblos. Y de otro, valiéndose de sus amistades e influencias gestionó el destino a Jaén de un funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos para que rigiera aquel embrión de Archivo.

Y para ello se dispuso de don Melchor Lamana Navasqués, que llegó al archivo en junio de 1954.

Don Melchor era un tipo curioso y contradictorio. Había nacido en el pueblo aragonés de Fuendejaldón en 1900. Su niñez fue dura y sacrificada pues ejerció como pastor, oficio que compaginó tenazmente con los estudios consiguiendo hacerse Licenciado en Filosofía y Letras. Luego anduvo en la marina mercante corriendo mundo, lo que le proporcionó el dominio de varios idiomas. Y por último opositó brillantemente al Cuerpo de Archivos siendo destinado a la Real Chancillería de Granada.

Eran tiempos difíciles a los que don Melchor no se adaptaba. Al llegar la guerra civil, temeroso del ambiente de crispación que se vivía en Granada, marchó a su tierra sin obtener los permisos reglamentarios y aquello le colocó la etiqueta de «desafecto», tan condicionante para los funcionarios de la época. Reincorporando a su puesto, donde gozaba de gran prestigio por su dominio de la paleografía, chocó alguna que otra vez con sus superiores. Y por eso siguiendo un procedimiento muy frecuente en la administración pública de aquellos años, se le mandó a Jaén.

Pese a estar muy zarandeado por la vida y a tener que convivir con una enfermedad crónica, don



Melchor se entregó a sus tareas de forma apasionada. Como funcionario tenía que atender él solo a muchas responsabilidades: la Biblioteca Pública, el Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas, el Archivo de Hacienda, el Archivo Histórico Provincial... Pero como su vocación era la de archivero, fue a este centro al que dedicó la cuota preferente de su tiempo y sus energías.

Una vez posesionado de su cargo, consiguió que a los becarios del Instituto de Estudios Giennenses se uniera un auxiliar del Cuerpo –don Francisco Martín Guerrero– y un ordenanza –Don Damián Parras Merino– con los que formó un eficaz equipo que animó el solitario archivo.

Por dos veces consecutivas removió aquella ingente masa documental hasta que la dejó perfectamente ordenada y clasificada en sus anaqueles, que pronto empezaron a ser insuficientes por los legajos que llegaban en lento goteo desde los pueblos.

Y con una paciencia benedictina, en un minúsculo despacho, vestigio de las covachuelas curialescas del siglo XIX, empezó a redactar con menuda caligrafía unas fichas que meticulosamente depositaba en un vetusto archivador de madera.

Nunca podrá pagar la cultura de Jaén lo que don Melchor hizo en aquel archivo desde 1954 hasta su fallecimiento en 1967. Ni nunca se podrá entender como lo realizó.

Pocos vamos quedando ya de la media docena de tipos «raros» que por entonces frecuentábamos aquella casa. Pero los que vivimos aquel ambiente tenemos su recuerdo fresco en nuestra memoria.

El Archivo estaba instalado en una casa muy del siglo XVII, que pese a sus reformas conservaba intacta su prestancia de casa hidalga y señorial. Se entraba por un gran zaguán empedrado, donde un taller de carpintero era la única nota discordante. El portón, de recio clavazón y con su correspondiente gatera, estaba dotado de una ruidosa aldaba que golpeábamos cuidadosamente para no alborotar demasiado. A la llamada respondía desde el despacho don Melchor manejando habilidosamente un cordelillo, que con un ingenioso juego de poleas permitía abrir el recio picaporte que aseguraba el portón. Era aquél un elemental precedente del portero automático, muy habitual en las casas de Jaén.

Se pasaba entonces a un alegre patizuelo, donde el sol solía andar siempre en tratos con el musgo y el verdín que denunciaba humedades de siglos. Había que situarse en el centro del patio para que don Melchor, desde el ventanuco de su despacho nos identificara y autorizara el acceso. Subíamos por una elegante escalera y tras recorrer la antigua galería de la casa, cuyos vanos habían sido clausurados con unos recios tabiques, llegábamos al despachillo de don Melchor, habilitado en un frag-

mento de aquella galería. Era un despacho minúsculo y de una austeridad impresionante. Don Melchor, siempre muy abrigado porque en aquella casa hacía un frío glacial, solía tener ante sí un rústico atril de madera con un protocolo abierto y un montoncito de fichas sobre las que se inclinaba una y otra vez. Tras el breve saludo de cortesía y una vez expuestos nuestros deseos, don Melchor, con su característica voz de asmático, siempre nos repetía idéntico mensaje:

— Tendrá que servirse Ud. mismo, joven. El ordenanza lo tengo en la Biblioteca. Y el auxiliar está de baja. Yo estoy enfermo y no podría alcanzarle los legajos... tenga Ud. la bondad de coger por sí lo que necesite...

Siguiendo sus precisas indicaciones, entrábamos y salíamos por aquellas salas con solería de barro, siempre brillante y pulida... Por aquellas estancias con techo de bovedillas y donde amplias rejas, con maderamen de cuarterones, dosificaban con exactitud la luz y la sombra.

Tomábamos el legajo interesado y nos acomodábamos. Las mesas de trabajo eran de pino sin pintar y seguramente recicladas. Predominaban las mesas «de camilla», con el tablero lleno de grietas y las maderas alabeadas de tanto fregarlas... Había también una mesa «tocinera», que por su formato rectangular era más cómoda para trabajar. Las sillas eran de anea, de álamo blanco reluciente tras muchos enérgicos fregados con arena y estropajo.

Pero pese a tanta austeridad, en aquel Archivo se trabajaba con una ambientación incomparable. Los silencios eran profundos. Sólo de vez en cuando los rompían las campanas de la vecina Catedral, el graznido de las grajas que colonizaban las torres, o el melódico pregón de un vendedor ambulante que bajaba buscando la Alcantarilla.

La luz, como ya he apuntado antes, era la justa y precisa. Esa luz que llena de encanto los cuadros de Zurbarán o el Greco...

Nada ni nadie turbaba el trabajo en aquel archivo. Sólo la tos y el carraspeo inconfundible de don Melchor nos recordaba que no estábamos solos. En aquel Jaén ya tan lejano, no había ni investigadores, ni ganas de investigar. Por eso el archivo estaba siempre solitario. Recuerdo que hubo ocasión —año 1966, meses de enero-abril— en que asistiendo a diario al archivo en horas de 10 a 1, nunca coincidí con nadie, salvo don Melchor o su hijo, que a veces le suplía. Alguna que otra vez aparecía por allí don José Antonio Bonilla, o Rafael Ortega Sagrista... Pero nada ni nadie solía incomodar y por lo tanto el trabajo lucía que era una bendición.

En ocasiones si se nos resistía la endiablada letra procesal o si nos turbaba el galimatías de algún escribano, acudíamos al despacho de

don Melchor en solicitud de ayuda. Y el buen archivero nos aclaraba dudas, nos precisaba conceptos, nos traducía incógnitas... Nos daba en definitiva una gratuita y cumplida lección, que era muy de agradecer, máxime en aquel Jaén donde tan huérfanos de magisterios nos sentíamos los jovencuelos que aspirábamos a introducirnos en los misterios de la investigación.

En aquel Archivo rebotante de carencias, donde todavía no se sabía que era una fotocopidora y las escrituras había que transcribirlas «a sangre», donde el frío hacía tiritar hasta las estanterías y donde era una aventura alcanzar los legajos de las primeras baldas, la personalidad de don Melchor suplía con creces todas las faltas y potenciaba con su bondad, su comprensión y su afán de servicio, incipientes vocaciones aún no muy bien definidas.

Día llegó en que don Melchor dejó de acudir con puntualidad al Archivo. Ocasión hubo en que nadie respondió al golpeteo de la aldaba. La enfermedad había empezado a minar su rotunda humanidad. Y un 7 de marzo de 1967 se cerró definitivamente su contradictoria biografía.

Con don Melchor vino a morir también aquel entrañable Archivo de la calle Julio Ángel. En su sucesor las circunstancias eran otras... El Archivo se cerró a la espera de la construcción de una Casa de la Cultura, que tardó más tiempo de la cuenta en llegar. Y cuando llegó, menudearon las trabas y dificultades haciéndonos añorar más de una vez la bondad de don Melchor y maldecir, en no pocas ocasiones, el incómodo maridaje de los archivos con las bibliotecas.

Tendría que pasar un buen puñado de años para que las cosas cambiaran. Y para que el Archivo, instalado en un marco espléndido y regido por M<sup>a</sup> Dolores Torres Puya, recobrara aquellas notas distintivas que supo imprimirle don Melchor: eficacia profesional, rigurosidad en el servicio... y amabilidad en el trato con los investigadores, que hay que reconocer que somos algo pelmas y puntillosos.

Por eso en ocasión en que nuestra anual Cena Jocosa tiene por marco excepcional estas estancias tan ligadas a nuestra intrahistoria personal, no he podido evitar que resuenen en mi memoria las palabras de don Melchor, que entonces nos sonaban a utopía: «...Desde luego, no hay exageración en decir que este Archivo será, sin ninguna duda, un verdadero Paraíso para eruditos e investigadores que andarán de sorpresa en sorpresa...».

Ciertamente un Paraíso nos parece en esta noche tan significativa para todos nosotros, y en la que era obligado recordar la figura de don Melchor Lamana Navasqués, un ejemplar archivero, que supo hacer realidad el ideal machadiano de ser, en el buen sentido de la palabra, bueno.

## Las cuítas de un hidalgo de Valdepeñas

ÁNGEL APONTE MARÍN



Siempre me ha gustado conocer las andanzas de los giennenses del tiempo del Quijote. El lector de papeles y libros viejos se los encuentra en los lugares más remotos. A unos en las Indias, a otros en las brillantes ciudades italianas, a no pocos en Flandes, donde los inviernos son severos y helados. Giennenses de distinta condición, aunque tuviesen en común el ser de poco asiento, que los había aventureros, peruleros, pícaros, preladados y misioneros, clérigos de menores, mercaderes, escribanos, procuradores, criadillos y soldados del Rey. Las cosas como son, los daba la época. Las razón de tanta brega era bien variada. A algunos los ahogaba la vida rutinaria, el sentirse hastiados de los paisajes propios, de esos montes y campiñas después tan añorados, que sofocaban sus buenas ganas de aventura; a otros los llevaba a coger una pica la necesidad, y a muchos las ganas de meterse en harina y, ¿porqué no?, de presentar en su día ejecutoria ante los caballeros del Cabildo, fundar casa solariega y poner un buen escudo con todos sus avíos, de cuarteles, yelmo y penacho, sobre la puerta; a otros, como decía Diego Hurtado de Mendoza, todo les llegaba *por esperanza de ganar, por el ruido o vanidad de la guerra*. Y no faltaban los que soñaban con una empresa a lo divino, creadora de recias esperanzas y de un desconsuelo que les hacía desvivirse. Todo esto no es mala retórica, es verdad y cualquiera de los de aquel tiempo la habría mantenido donde hubiera hecho falta.

España dio mucho de sí. Después, ya en el XVII hubo algo de ensimismamiento y hasta de cansancio. No todos eran gente tan arriscada y asendereada, ni habían sido llamados por las difíciles sendas de la santidad y la milicia. Ni tan amigos de proezas y trabajos. A mí no me cabe duda de que todos los giennenses de aquel lejano siglo deseaban la fortuna de los ejércitos católicos. Pero otra cosa era ir a penar por esos mundos de Dios y verse en situaciones tan apretadas como para perder la vida. Cada vez eran menos los que estaban hechos de la misma madera que don Hernando de Quesada y Ulloa *el mellado* o que los bizarros hermanos Biedma y Narváez. Bastante hacían, pensaban muchos, con

las oraciones, rogativas y las buenas cargas que pagaban en mayor o menor grado hidalgos, pecheros y clérigos, ya fuesen, dependiendo de cada cual, servicios ordinarios y extraordinarios, sisas, el chapín de la reina, tercias, arbitrios de toda traza, papel sellado y donativos. Y venga acuñar dinero sin valor, y cobrar juros y censos en monedillas viles de vellón, vejadas y sometidas a mil bajas y resellos; y no sigo por estos derroteros fiscales para no cansarte amigo lector.

Y llegó 1640. La Monarquía se jugaba mucho y ordenó un esfuerzo más a sus leales vasallos en una lucha desesperada contra franceses, holandeses, calvinistas, luteranos y otros rebeldes, en un reino que parecía desgajarse por deslealtades contra su señor natural. Y aquel rey bueno y desgraciado que fue Felipe IV decidió, él mismo, conducir sus ejércitos. Es ahora cuando aparece nuestro personaje.

Durante la primavera de ese año tremendo de 1640 llega a Jaén una orden por la que los hidalgos debían aprestarse *para serbir en el ejército que le se señalare en España para este berano y ocasión* con obligación de registrarse todos

sin distinción de lustre, hedad, riqueza ni pobreza y de los cavallos que oviere en esa villa y sillas de borrenes, pistolas y carabinas... para que no aya fraude en cosa que tanto ymporta a su Real Serbicio bien y defensa de la Cristiandad de estos Reynos...

Se mandó pregonar por todo el corregimiento este llamamiento, también en Valdepeñas. Los alcaldes ordinarios de la villa comenzaron a poner obstáculos a esta orden: que si estaba exenta, que si no había registros hechos... pero en mayo de 1640 ya había dos hidalgos valdepeñeros a los que les había tocado ir a servir al Rey: uno era Alonso de Espinosa, que iría como infante. El otro, don Francisco de Ortega Vallejo, que asistiría como soldado de caballería.

Pero don Francisco no se veía en la guerra ni en el fragor de los combates. Seguro que a él lo que le gustaría sería pasar su tiempo en Valdepeñas de la manera más apacible posible, entre el transcurrir de la primavera y el verano templado de sus alturas serranas, y después esperar las nieves y las escarchas, que el invierno se echa pronto encima por esos pagos, y de vez en cuando ver algún lobo muerto por algún alimañero, y compararlo con el que mató fulano de tal cuando la nevada de tal año, y cuidar, si los tenía, de sus ganados. Y las lumbres de buena leña de quejigo, el alborozo de las matanzas, la aceituna, los hongos, que permiten al hombre gustar el zumo del bosque según el gran Cunqueiro, y sobre todo escuchar el rumor de las lluvias invernizas, el suelo crujiendo de las heladas, y todo estas cosas tan horacianas... pero probablemente



te no estaba en su ánimo el ir a luchar contra Richelieu. Otra cosa era que el Cardenal se presentase a las puertas de Valdepeñas, eso sí que no lo iba a consentir ni él ni ninguno de los vecinos.

Pero no era sólo el tener que trasponer bien lejos sino es que encima iba con muy mal apaño, por lo que escribió esto al Corregidor:

don Francisco de Ortega Vallejo, vecino de la villa de Valdepeñas digo que yo estoy nombrado como caballero hixodalgo montado a caballo y para el dicho efeto por ser yo padre y no tener con qué comprar un caballo y vuestra merced me lo mandó dar y es tal que no es a propósito para la jornada por ser muy biejo y lleno de bexigas

Y para que nadie dijese que mentía acompañó a su declaración el testimonio de algún perito en caballerías, que describe la montura como

un caballo castaño, biejo, con begigas en pies y manos y sobregüesos en las manos a la parte de adentro y con el ojo yzquierdo be muy poco y que le parece que no es a propósito para esta jornada

Mal proveído se veía don Francisco. ¡Lo que tuvo que pasar el pobre hidalgo! con todos los vecinos dándole el pésame o diciéndole «pues yo, don Francisco, al caballo no lo veo tan malo...» ¡Pobre don Francisco! yendo a la guerra a la fuerza, tan mal montado y pergeñado como Don Quijote con su Rocinante, pero sin el bálsamo de su bendita locura. ¡Cómo para participar en una carga de caballería que, para colmo, podía tener como testigo nada menos que a Felipe IV! Mal quedaría delante de toda la flor de la nobleza española y ante los jinetes franceses, que ya olían su gran siglo. Y cabe pensar que se imaginara el hidalgo su vuelta a Valdepeñas, sin honra y derrotado, sin que salieran a esperarlo al camino los alcaldes ordinarios, regidores y gente principal, una entrada triste, sin luminarias en los balcones ni ministriles, y sí con letrillas satíricas y pasquines en sus puertas. Queda en el olvido lo que pasó al final con el caballo. A



lo mejor se lo cambiaron, pero no parece que el Corregidor de Jaén lo eximiera de su obligación pues en enero de 1641 don Francisco de Ortega Vallejo, caballero hidalgo y descendiente de tales

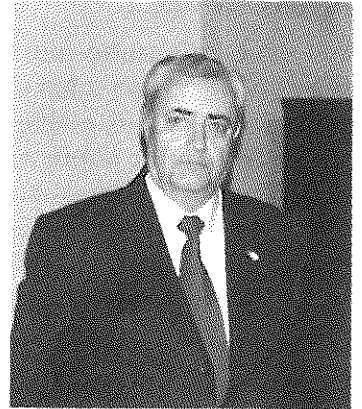
...estaba en la cama y a lo que parecía enfermo e ympedido de poderse levantar el cual dixo estar muy malo sangrado cinco veces y con bentosas saxadas de una grabe enfermedad de ysípula y muy a peligro de muerte y oleado y sacramentado...

Si no fue ardid de pícaro, la cosa era seria, y seguro que la *ysípula* o erisipela le vino como consecuencia de los enojos y entripados. Poco nos queda decir. Sabemos que al final sólo estuvo dispuesto a ir a la guerra el infante Alonso de Espinosa, de don Francisco de Ortega Vallejo poco más sabemos.



## Vida hortelana

ANTONIO MARTOS GARCÍA



Amigos:

Permitidme la licencia de ofrecer rendidas noragüenas y parabienes a un tan inquieto como eficaz Prioste, que ha conseguido que esta cena y las dos anteriores, hayan tenido cumplida celebración en otros tantos lugares tan cargados de historia y que tanto deben a las sabias y restauradoras manos de don Luis Berges Roldán.

Dicho lo anterior, doy comienzo a mi intervención.

En la pasada cena, (ignoro si con buena fortuna) traté de describiros una casa de hortelanos de las que tantas había y tan pocas quedan.

Quedó para hogaño hurgar y con discreción, en la vida del hortelano y visitar un terrado que esperamos depare sabrosas conclusiones a la vista de todo lo que allí se encierra.

Y a ello vamos.

Encontramos al ya viejo hortelano atareado en el corral.

Su rostro, curtido por soles y cierzos, presenta profundas arrugas que el tiempo y el trabajo le han cincelado.

Se cubre con deslucida gorra de manoseada visera bajo la que se adivina un fuerte y revuelto cabello en el que predomina el blanco de las canas.

Calza recias botas de cuero con suela de goma y embute sus piernas en gastado pantalón de pana.

La camisa, de tirilla, la lleva abrochada hasta el último botón y sobre ella, una blusa de gris oscuro que abotona sobre el gazonate, dejando libre el resto de la botonadura.

Se mueve de forma pausada, echando un poco hacia adelante el tronco por que así se encuentra más cómodo. Que si se pone erguido, siente molestias en la cintura.

Iniciamos la conversación a propósito del alebrestar de unos asustadizos conejos que han dejado en los amenes un montón de fresca y jugosa hierba.

Con amplio movimiento de uno de sus brazos, abarcando tanto a los conejos como a las gallinas, os dirá que son para el «gasto de la casa», pero no es menos cierto que sirven para que mate sus añoranzas cuando se da en cogitar sobre su vida pasada. Que todavía gusta de sentir el olor de la hierba recién cortada en los ya cada vez más lejanos ribazos. Que la Huerta Baja ya no es la que era y también están construyendo casas en ella y anchas carreteras y urbanizaciones, van desfigurando el Arroyo y la Cuesta de los Carneros. De la Alcantarilla y la Senda de los Huertos, mejor no hablar.

Y es que con muy pocos años, ese fue su primer trabajo. Coger hierba para los conejos y cuidar de una cabra.

Trabajó hasta más no poder y aprendió para el apañado recibiendo instrucción por la noche en la escuela del «Niño Jesús de Praga», allá por la Cuesta de la Alcantarilla, benemérita institución sostenida por doña Catalina de Mir.

Heredó de sus padres una huerta que le sirvió para mantener con decoro y mucho trabajo, a una familia compuesta por matrimonio y tres hijos, uno de ellos hembra.

Ninguno siguió los pasos del padre.

El mayor, mañoso para todo lo que supusiera mecánica, se colocó de aprendiz en un taller y cuando tuvo la edad y conocimientos para ello, con la ayuda del padre, se estableció. El aumento del parque automovilístico, hizo que el negocio marchara viento en popa.

La hija se había casado con un dependiente de un comercio de tejidos. Lo que él en tiempos llamaba «artesano» (que eran todos los que no trabajaban en el campo) y el menor, que «tiraba muy bien de pluma» y tenía apego a los libros, andaba colocado en organismo oficial.

Entre todos lo convencieron para que dejara la huerta.

La parcelaron, la vendieron por trozos y se construyeron sobre el suelo regado con el sudor de generaciones de hortelanos, unos cuantos «chalets» de ruidosos moradores que a todas horas hacen sonar infernales aparatos con músicas aún más infernales, que sólo sirven para romper el rumoroso silencio del campo.

Del ajedrezado terreno a causa de los diferentes cultivos, arrancaron sin mesericordia todos los árboles frutales que producían sabrosos y variados tipos de fruta.

Una poderosa excavadora, levantó de unas cuantas dentelladas todas las piedras de la era en donde tantas jornadas de estío pasó aventando el dorado grano de la parva o subido a la trilladora mientras espantaba la somnolencia entonando cantos de siega o trilla que tanto gustaba. Todo ello, bajo un sol de justicia.

También fue demolida la «casilla», de encalada fachada en la que se abrían cinco enrejadas ventanas, dos bajas y tres altas, y a la que se accedía salvando alto escalón de piedra.

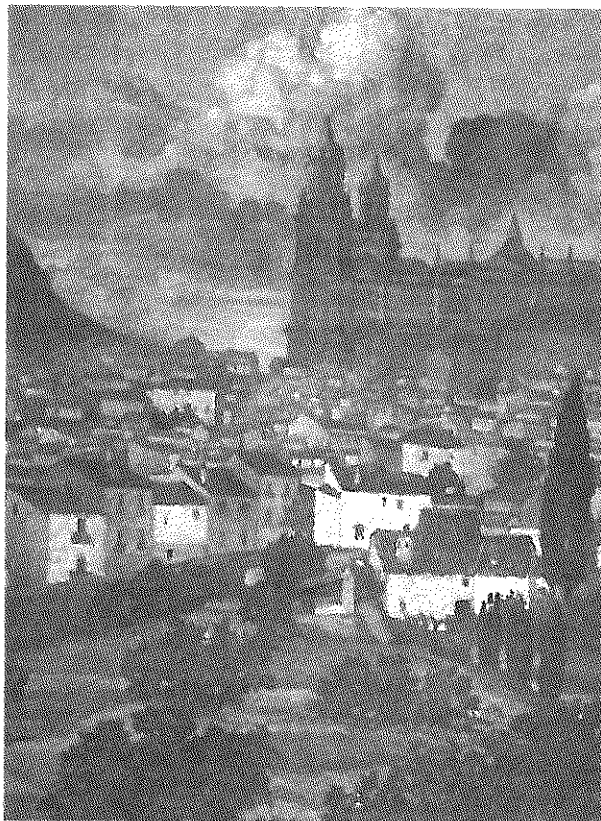
Tenía en primer lugar un portal-comedor de empedrado suelo en una de cuyas paredes se adosaba la campana de una amplia chimenea y en la opuesta, dos puertas permitían el paso a otras tantas habitaciones, amén de una empinada escalera que llegaba al piso alto.

Frente a la puerta de entrada, se abría otra que daba acceso a un corral provisto de cobertizo y que era refugio de mulos, gallinas, conejos, cabras y cerdo.

A ambos extremos de la fachada, dos parras de pardos y retorcidos troncos, que llegaban hasta media altura de la edificación, daban umbrosa sombra sobre el cementado suelo de la lonja, amén del poyo que corría a todo lo largo de la pared ofreciendo asiento y permitiendo que la hortelana, subida en él, accediera de forma más fácil a acomodarse sobre la mansa borrica.

Enfrente, otro poyo, un enrejado de doradas cañas hincadas en la tierra de un arriate donde medraban unas plantas de dompedros, un oloroso jazmín y una enredadera de verdes hojas que daba flores en forma de campanicas de un suave morado.

Y así, el amplio perímetro de una productiva huerta, alojó a unas pretenciosas edificaciones que acabaron, junto con otras, con «pagos» enteros de huertas productoras de bien famadas frutas y hortalizas.



Por que no tenía razón de ser el seguir quebrándose la espalda para mantener un patrimonio que nadie quería, pero sigue teniendo un pellizco de regomello al ver en qué ha quedado convertido un predio en el que tanto él como sus mayores, trabajaron ahincadamente.

Con algo de trabajo por la altura de los escalones, nos acompaña al terrado, que los años no pasan el balde y «la reuma» ha hecho merma en las otrora fuertes piernas.

Junto a una de las paredes, una cantarera de blanca madera de chopo sin pintar, contiene cuatro cántaros y en el lugar adecuado para ello, una jarra andujeña de fresco barro que, tapada con pañito de un blanco immaculado y colgada bajo la protectora sombra de las parras, convertía en una verdadera delicia un buen trago de agua.

Todo ello, recuerdo de cuando vivían en la «casilla» de la huerta.

Calderos de cobre, junto con tenajones de Bailén, harneros y un buen número de alineadas y polvorientas botellas, nos remiten a tiempos de matanza y conserva, allá por los meses de noviembre o agosto.

Numerosas puntas clavadas en vigas que sostienen el cañizo de un amarillento oscuro, nos traen a la memoria frutas de cuelga, ristras de rojos pimientos y de picantes guindillas, así como cañas sostenidas por tomizas en donde se colgaban las tripas de chorizos y morcillas para su oreo.

Hay una arrumbada ánfora de hojalata que guardaba el aceite para el consumo del año y unos trojes que almacenaron grano y paja para el ganado de labor y animales de corral.

Unas trébedes de amplio ruedo con su mozo y junto a ella, una sartén de buen tamaño, nos llevan al aderezo de unas migas comidas al amanecer de días invernales o de un apetitoso arroz guisado con leña y comido mediante el expeditivo sistema de «cuchará y paso atrás».

Ventrudas orzas nos acercan al sabor de aceitunas de cornezuelo o de manzanilla curadas con agua de teja. O de alcaparrones, curados al sol y cubiertos con hojas de parra o granzas de paja.

Colgadas de «garabatos», que son ramas o raíces que tienen forma de gancho y están cogidos a la pared con «pellas» de yeso, donde quedan señalados los dedos de los que los colocaron, algunas hoces un mucho oxidadas y un tanto melladas, un par de desgranadores y un hocino para la corta de ramón, recuerdan rudas faenas.

Junto a las hoces, semejando vainas secas de habas, los dediles, especie de coraza para los dedos y parte de la mano, hechos de flexible

cuero y unidos entre sí por fina tomiza de esparto, que servía para proteger la mano contraria a la que manejaba la hoz y arrazimaba la mies, en tiempos de siega.

Una especie de espuerta de larga asa, hecha de esparto, que se colgaba del antebrazo y se utilizaba para llevar el grano con el que completar la paja del pienso para los animales de carga o propiciar buenas rociadas para las aves de corral, está colgado de un clavo. Recibe el nombre de cebero.

De recia tablazón y fuertes patas, una mesilla nos lleva a la mantanza de un sacrificado cerdo que, entre vaharadas de vapor, de la sangre, que vierte sobre un lebrillo y a la que un zagal, a quien le han prometido la vejiga que luego, convenientemente soplada, servirá de liviana pelota o de pesado globo, que de ambos puede ejercer, la mueve pausadamente para evitar que se cuaje, mientras que una persona mayor echa de vez en cuando sal en pequeñas porciones.

Pende de una cuerda una botija con la boca tapada por un corcho del que sale fina tomiza que lo mantiene sujeto al asa para que no se pierda. El desconchado pitorro tiene una especie de tapón hecho con un trozo de vareta de olivo.

Artístico candil sin mecha ni aceite, nos traspone a ventosas noches en que Jaén se quedaba a oscuras y había que subir al terrado para apañar el pienso y bajar a la cuadra. De él se decía que cuando lo derramaba el hombre, la mujer aducía que acababa de recebarlo de aceite, pero si el percance lo sufría ella, estaba sin gotica.

Unas narrias que se usaban para el acarreo de la mies hasta la era, la carga de leña para la chimenea o el transporte de hierba cuando no de trigo o cebada aún verde, con sus largos tallos, a los que acudía el personal menudo como tábanos en busca de espigas a las que entreteñerse pelando para comerse los frescos y sabrosos granos, cuando no haciendo una ensaladilla, después de mucho pelar, con su miaja de aceite.

Naturalmente que esto no se conseguía sin alguna que otra mentada a padre o madre, cuando no mediaba el intento de varazo sobre frágiles espaldas con la vara de arrear a las bestias y que se llevaba terciada a la espalda sujeta por el cinturón.

Canastas de oscura mimbre nos dicen de frutas en sazón tapadas con olorosas hierbas cogidas en los ribazos, de bestias de poderosas fuerzas batiendo con sus herrados cascos desiertas y empedradas calles, mientras arriba, en el firmamento, un titubeante lucero pugna para hacerse visible entre el tenue resplandor que precede al nuevo día.

En un rincón, apoyados en la pared, una horca, un bielgo y una pala, todos de madera, nos llevan hasta calurosos días de verano corriendo el solano ablentando grano en la era, recibiendo pequeñas partículas de polvo y paja que, mezcladas con el sudor, producían un insufrible picor que sólo se quitaba con un prolongado chapuzón en la fresca y clara agua de un cercano chilanco.

Hay una capacha de esparto que lleva cosida en uno de sus costados una piel de conejo para evitar que el roce dañe la ropa y que nos recuerda comidas en frío y solitarias, de rebanadas de pan y embutidos cortados con afilado tranchete.

Una tralla que hace revivir tiempos de trilla bajo un sol ardiente, con la que avivar de vez en cuando el amoroso paso de las bestias.

También tiempos de ara, cuando con ella al cuello, la hacía restallar para que aquel buen par de mulos tiraran con fuerza del arado mientras que él, asido a la mancera, abría profundos surcos con la acerada reja.

Reparamos en una pequeña cesta de blanca mimbre que sirvió, cuando era niño, para llevar el «presente» convenientemente cubierto por un paño primorosamente bordado por su madre, recibiendo a cambio, además de tenue caricia, alguna que otra «perragorda» de aquellas de cobre que tenían en ambas caras borrosas figuras y que se podían emplear en cualquier tipo de golosina o en la compra de bolas con las que poder jugar en sus escasos ratos de asueto.

El citado «presente» se componía de unas cuantas unidades de escogida fruta que sus padres regalaban a sus «compromisos», cosa que, cuando heredó él la huerta, siguió haciendo, utilizando para ello a uno de sus hijos.

Jáquimas, bozales y un sin fin de menudas cosas de las que nunca pensó en deshacerse, por que estando allí, tenía la vaga esperanza de que algún día podrían volverle a servir, y que mantenía aunque sólo fuera para agavillar viejos recuerdos y retrotaerse a tiempos ya pasados en los que, fuerte como un roble, puso gaviones para defender a su amada tierra de devastadoras riadas que tronzaban sotos y anegaban huertas en los años muy lluviosos, o durmió sobre los ribazos de las acequias con los pies dentro de ellas para despertar al sentir el fresco del agua y ponerse a regar, en los años en los que la sequía asolaba los «pagos» hortelanos de Jaén.

Sin duda que vuestras miradas habrán oteado más de lo que he dejado reseñado y que vuestra natural sapiencia las habrá situado en el



-- tiempo y lugar precisos, pero es deber de todo interviniente el procurar ser lo más comedido posible en el uso de la palabra.

Perdonar que en la presente ocasión (y en otras) haya soslayado tal obligación y me haya dejado llevar por mi incontinencia verbal motivando vuestra lógica impaciencia. No era esa mi intención y confío en que podréis perdonarme.

Muchas gracias.







## COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA  
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,  
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S. L. DE JAÉN,  
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2000,  
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA  
DE ALEJANDRÍA



ALCO  
ACER

